

El Correo

SEPTIEMBRE 1985 - 7 francos franceses (España: 175 pesetas)

LOS INMIGRANTES

Vivir entre dos culturas





Foto © G. Hyvert, Paris.

La hora de los pueblos

38 Haití

La restauración de Sans Souci

Construido a comienzos del siglo XIX por Henri Christophe (1767-1820), quien se proclamó rey de Haití en 1811, el imponente palacio de Sans Souci es uno de los primeros símbolos de la independencia de ese país. El palacio, que en el apogeo de

su esplendor estaba rodeado por ocho hectáreas de jardines, fue saqueado tras la muerte de Christophe, sufriendo después las graves consecuencias de un terremoto. En 1973 Haití emprendió un programa para poner fin al deterioro que amenazaba a Sans Souci y otros lugares que forman parte de su patrimonio cultural y crear un parque histórico nacional. La Unesco colabora actualmente con el gobierno haitiano

en un proyecto financiado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo tendiente a preservar el palacio de Sans Souci, la Ciudadela Laferrière, construida para defender al país contra los ataques de las fuerzas coloniales, y Les Ramiers, una fortificación situada en lo alto de la ciudadela. En la foto, tomada en junio de 1985, trabajos de reconstrucción en la principal avenida de Sans Souci.

Este número

DESDE sus orígenes, y considerando premonitoriamente que la tierra es de todos, el hombre se ha desplazado de un lugar a otro. Grandes grupos — tribu, clan, familia —, huyendo casi por instinto de las desgracias naturales o de los desastres de la guerra, encontraban siempre en algún lugar el alimento, el abrigo o la paz que habían perdido. Verdaderos aluviones humanos al comienzo, las migraciones fueron confiando sus rasgos distintivos a continentes enteros, regiones y países. Luego, los esclavos que los conquistadores llevaban consigo, los amenazados a los que el terror obligaba a buscar refugio, los empobrecidos por la mala suerte o el sistema, han contribuido a engrandecer la cultura universal, inagotable precisamente porque está hecha de porciones y en este caso *el todo es mayor que la suma de las partes*.

Con el desarrollo desigual de las sociedades y la agravación de las diferencias que existen entre ellas, las migraciones internacionales actuales obedecen, como siempre, a la necesidad de sobrevivir, pero hoy, más que nunca, a la de trabajar. Obligados a abandonar su patria, no sólo en busca de mejores salarios sino incluso de un empleo cualquiera, son millones los que vuelven lógicamente la mirada hacia los países industrializados (donde, por lo demás, suele reservárseles tareas que los trabajadores nacionales se niegan a realizar). Sea que hayan entrado en ellos legal o ilegalmente, solos o acompañados, resueltos a regresar llegado el momento a su lugar de origen más que con ánimo de establecerse en un país adoptivo, viven entre dos culturas, sujetos a controles legales o arbitrarios, a veces discriminados o amenazados de agresión o desempleo, defendiendo, junto con su derecho a ganarse la vida, el derecho a preservar su identidad o tratando de adaptarse a otra que, a su vez, considera amenazada su integridad original.

El presente número de *El Correo de la Unesco* da fe una vez más de la atención que la Organización viene prestando desde hace mucho a ciertos aspectos de la inmigración internacional, particularmente la enseñanza de la lengua y la formación profesional de los inmigrantes y la educación de sus hijos. Y las diversas dimensiones del fenómeno migratorio en nuestra época ponen de relieve la complejidad que éste reviste: la integración de los trabajadores inmigrantes a la sociedad que los acoge; las reacciones de la población nativa a la presencia de extranjeros a quienes consideran a veces como competidores en el mercado del trabajo y cuyas costumbres rechazan generalmente; las repercusiones que en la estructura y funcionamiento de la familia rural tiene el éxodo de los varones a las grandes ciudades; la impronta que un sistema escolar rígido puede dejar en la cultura "paralela" de los hijos de inmigrantes; la readaptación de los emigrados a su país natal cuando regresan tras haber llevado en el extranjero una vida diferente..., son sólo unas cuantas facetas de un problema que inquieta hoy día a todos los países. Y cabe esperar que los diversos análisis de esta situación (que aunque hacen hincapié en las repercusiones económicas y sociales que de ella se derivan se inspiran en un profundo sentimiento humanitario) constituyan no sólo un paso adelante en la comprensión de tal fenómeno sino que contribuyan también, aun cuando fuera a largo plazo, a la elaboración y la aplicación de una política apropiada que concilie el respeto de los derechos y de la dignidad de los trabajadores inmigrantes con los intereses legítimos de los países receptores.

Nuestra portada: *Relámpago fisiónómico* (1927), acuarela de Paul Klee
Foto © SPADEM, París

Jefe de Redacción: Edouard Glissant

Revista mensual publicada en 32 idiomas por la Unesco, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
7, Place de Fontenoy, 75700 Paris.

Español
Francés
Inglés
Ruso
Alemán
Arabe
Japonés

Italiano
Hindi
Tamil
Hebreo
Persa
Portugués
Neerlandés

Turco
Urdu
Catalán
Malayo
Coreano
Swahili
Croata-servio

Esloveno
Macedonio
Servio-croata
Chino
Búlgaro
Griego
Cingalés

Finés
Sueco
Vascuence
Tai

Se publica también trimestralmente en braille, en español, inglés, francés y coreano.

ISSN 0304-310 X
Nº 9 - 1985 - OPI - 85 - 3 - 426 F

Septiembre 1985

Año XXXVIII



Foto © H.P. Isotton, Suiza

-
- 4 La migración de trabajadores**
Un fenómeno mundial
-
- 8 La escuela como lugar de cambio**
por Georges Vignaux
-
- 10 El atractivo de la ciudad**
Consecuencias del éxodo rural
por Yogesh Atal
-
- 12 La emigración internacional y la Unesco**
por Ronald G. Parris
-
- 16 ENTRE DOS CULTURAS**
Francia
El dilema cultural de los norteafricanos
por Abdalah Buhamidi
-
- 18 República Federal de Alemania**
La integración o el retorno
por Gisela Apitzsch y Norbert Dittmar
-
- 21 Gran Bretaña**
De todos los rincones de la Commonwealth
por Robert Miles
-
- 24 América del Norte**
Dos casos de emigración agraria del Caribe
por Anthony P. Maingot
-
- 26 Países del Golfo**
Los extranjeros, la mitad de la población
por Elisabeth Longuenesse
-
- 28 Escandinavia**
La adaptación imposible
por Carolyn Swetland
-
- 30 Retrato del inmigrante**
por Ana Vásquez
-
- 33 El anhelo de regreso**
La reincorporación al país de origen
por Eric-Jean Thomas y Catherine Wihtol de Wenden
-
- 2 La hora de los pueblos**
HAITI: La restauración de Sans Souci

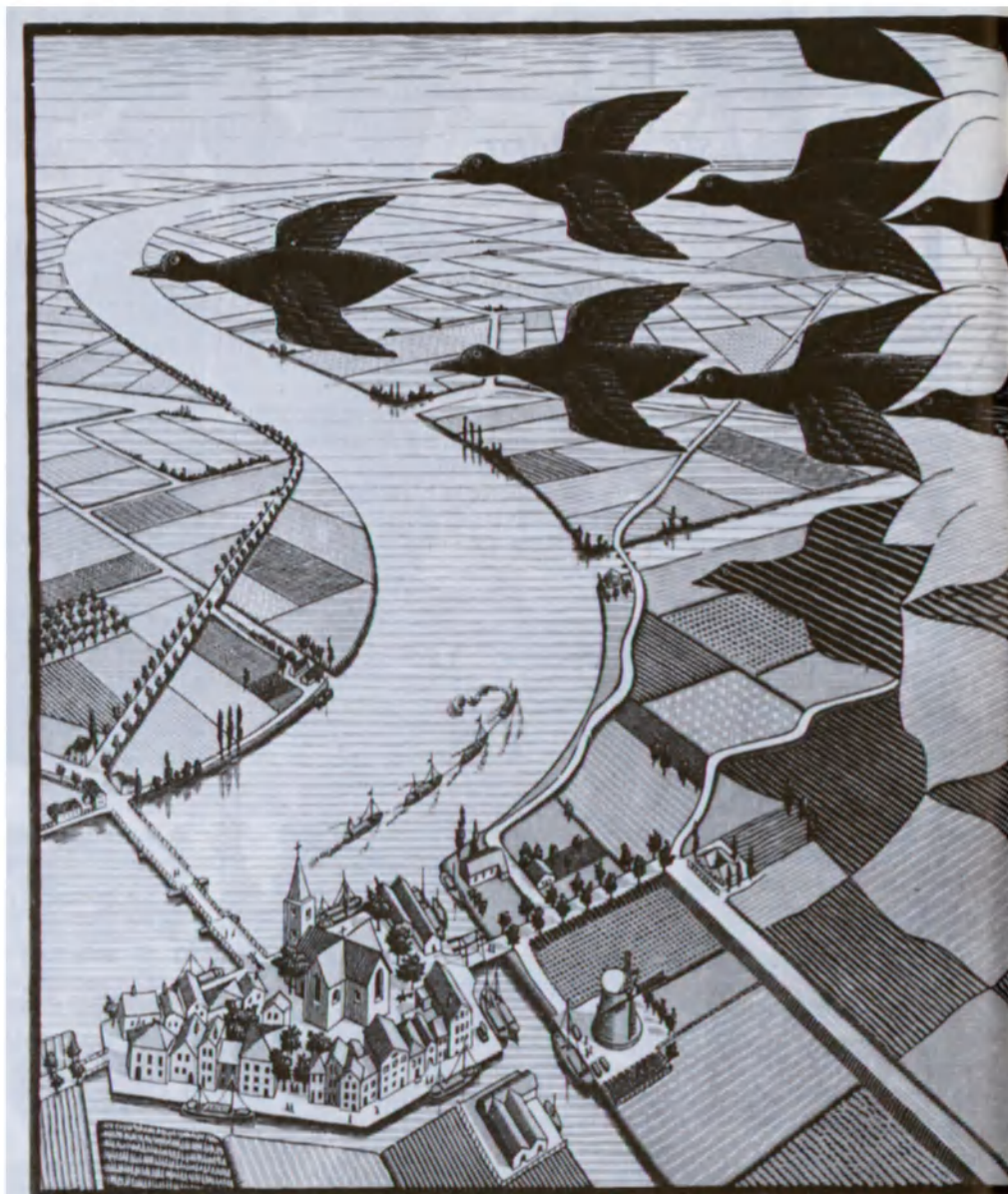
Se analizan en estas páginas algunas de las principales tendencias de la migración internacional y de la política que la controla en el decenio que comenzó en 1974, cuando la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre Población, celebrada en Bucarest, Rumania, aprobó el Plan de Acción Mundial sobre Población. El presente artículo, tomado de un estudio de las Naciones Unidas preparado para la Conferencia Internacional sobre Población de 1984, enfoca de modo especial las migraciones de la mano de obra, la inmigración ilegal o clandestina, los movimientos de refugiados y la emigración con miras a una instalación permanente en el país huésped.

PESE a la escasez de informaciones dignas de crédito, cabe afirmar que las tendencias en materia de migraciones internacionales se han modificado considerablemente desde que en 1974 se aprobó el Plan de acción mundial sobre la población. En el presente artículo se examinan los principales cambios registrados desde el punto de vista de la emigración de trabajadores, de la inmigración ilegal o clandestina, de los movimientos de refugiados y de la inmigración permanente.

La virtual cesación de la contratación de trabajadores extranjeros en los países industrializados con economías de mercado de Europa, que era sólo incipiente en 1974, ha continuado y ha originado una reducción neta del volumen de la fuerza de trabajo extranjera que aún continúa residiendo en los principales países importadores de mano de obra (de alrededor de 6,5 millones de trabajadores extranjeros en 1974 a 6,2 millones hacia 1980).

Dado que en muchos de los países receptores de Europa a los hijos nacidos de padres extranjeros se los considera extranjeros, incluso en ausencia de una inmigración neta cabría esperar un aumento de la población extranjera como resultado del crecimiento natural. Sin embargo, el aumento neto registrado es inferior al crecimiento natural, de lo cual se desprende que ha habido emigración neta (probablemente en forma de emigración de regreso a los países de origen).

En la actualidad, la mayor parte de estos países siguen afirmando que no son países de instalación permanente. Sus políticas tienen por objeto, entre otras cosas, estabilizar la dimensión de la población extranjera en sus territorios y garantizar un cierto grado de integración entre las minorías extranjeras y la mayoría nacional, permitiendo simultáneamente que aquellas conserven su identidad cultural. La estabilización se ha de lograr mediante el fomento del regreso voluntario a los países de origen de los trabajadores extranjeros y sus familiares a cargo y mediante la naturalización de los que estén bien adaptados a su nuevo medio. La integración se ha de fomentar, entre otras formas, garantizando la paridad entre extranjeros y nacionales en las esferas del empleo, los servicios sociales y sanitarios, la vivienda, etc., impartiendo formación especial (en particular en el idioma nacional) a los tra-



La migración de

bajadores y a sus familiares a cargo, luchando contra la discriminación y los prejuicios en detrimento de los extranjeros y creando un medio que redunde en el desarrollo normal de la vida familiar. En consecuencia, las medidas tendientes a reunir las familias y a ofrecer educación, formación y oportunidades de empleo a los familiares a cargo de los trabajadores extranjeros son elementos fundamentales para promover la integración. Sin embargo, si bien la inmigración con vistas a reunificar familias es autorizada por los antiguos países importadores de mano de obra, sigue estando sujeta a diversas restricciones y, en general, no es fácil obtener permisos de trabajo para los cónyuges e hijos mayores.

En contraste con la evolución de la inmigración en Europa desde 1974, los países exportadores de petróleo del Asia sudoccidental y la Jamahiriya Árabe Libia continuaron admitiendo un gran número de

trabajadores extranjeros, por lo menos hasta 1980. Se ha calculado que entre 1975 y 1980 el número total de trabajadores extranjeros en los principales países importadores de mano de obra de la región aumentó de 1,8 a 2,8 millones. La población extranjera total en esos países se calculaba en 3,5 millones en 1975, aunque cabe presumir que el número de trabajadores extranjeros ha aumentado con menor rapidez desde entonces.

Dado el volumen relativamente limitado de la población nacional de los países del Asia sudoccidental importadores de mano de obra, aunque el número total de trabajadores extranjeros en su territorio es más reducido que el de los que reside en Europa, suele constituir un porcentaje muy elevado de la fuerza de trabajo local. En parte debido a esta causa, los países receptores han tendido en los años últimos a adoptar medidas para reglamentar la inmigración y la contratación de trabajadores



Del día a la noche, grabado del holandés Maurits Cornelis Escher (1898-1972).

garantiza al concluir el período del contrato y, mientras se encuentran en la República Sudafricana, les está vedado cambiar de lugar de residencia o de empleo.

Desde el punto de vista de la política general, son pocos los países africanos que han reconocido explícitamente la necesidad de contar con trabajadores extranjeros, y aún menos los que han adoptado medidas para fomentar activamente la inmigración de trabajadores foráneos. A decir verdad, muchos países han expresado el deseo de llegar a ser autosuficientes en relación con sus necesidades de mano de obra, especialmente respecto del personal calificado. Sin embargo, mientras sigan siendo escasos los conocimientos especializados necesarios, muchos países estarán dispuestos a permitir la presencia temporal de trabajadores que los posean.

Aunque conocidos más como países que admiten inmigrantes permanentes que como países importadores de mano de obra extranjera, Canadá y los Estados Unidos de América autorizan la entrada de un número considerable de personas para empleos temporales. Por ejemplo, en 1976-1979 los Estados Unidos admitieron un promedio anual de 91.000 trabajadores temporales, estudiantes o visitantes en régimen de intercambio (cifra que excluye a todos los inmigrantes admitidos en calidad de residentes permanentes), y en 1981 Canadá notificó que había expedido alrededor de 113.000 permisos de trabajo, 84.000 de los cuales eran válidos por menos de un año.

En otras partes del continente americano la migración legal de trabajadores es más la excepción que la regla. Muy pocos países han adoptado una política que fomente activamente la inmigración de trabajadores. Durante el decenio de 1970, Venezuela admitió un número importante de trabajadores extranjeros, mientras que la República Dominicana recibía a muchos trabajadores temporales provenientes del país vecino, Haití. Sin embargo, la mayor parte de estas corrientes de inmigración legal fueron acompañadas por corrientes paralelas de carácter clandestino.

Ninguna región del mundo está libre de la inmigración ilegal o clandestina. Las disparidades económicas entre los países, junto con la tendencia general de los Estados receptores a restringir las posibilidades de inmigración legal, han dado lugar con frecuencia a corrientes migratorias que no cuentan con la sanción legal de los países receptores. Dado el orden mundial existente, en el cual sólo un número relativamente pequeño de países alienta o autoriza todavía la inmigración, es de presumir que continuarán los movimientos ilegales.

En el continente americano existen importantes corrientes migratorias de trabajadores, en gran medida sin la aprobación explícita de los Estados receptores. La inmigración ilegal o clandestina es típica de esta región del mundo. Si bien existen pocas pruebas fundadas de la magnitud de esas corrientes, parece probable que hayan aumentado durante el pasado decenio. Se ▶

trabajadores

Un fenómeno mundial

en forma más estricta, medidas que desalientan la inmigración de familiares a cargo y que imponen, en lo posible, la rotación de la mano de obra. Estas medidas incluyen la promoción de mecanismos novedosos de importación de mano de obra como el llamado "proyecto llave en mano", en virtud del cual una compañía extranjera, contratada para ejecutar un determinado proyecto, aporta todos los insumos, incluidos los recursos humanos.

Por último, si bien todavía no se cuenta con datos respecto de los períodos más recientes, cabe presumir que el exceso de producción de petróleo experimentado por la economía mundial desde 1982 y la consiguiente baja de los precios del producto han tenido un efecto negativo sobre los niveles de inmigración al Asia sudoccidental.

En lo que atañe a África, los datos disponibles permiten pensar que la migración estacional es relativamente más corriente

en el África occidental que en otras subregiones y que Costa de Marfil, Gambia y Senegal siguen atrayendo inmigrantes de los países vecinos, principalmente de Burkina Faso (antiguo Alto Volta), Chad, Ghana, Mauritania y Togo.

La migración de trabajadores también caracteriza a la región meridional, en la cual predominan los movimientos de corta duración (de 6 a 18 meses de duración) de hombres jóvenes hacia las minas y complejos industriales de Sudáfrica (y, hasta mediados del decenio de 1970, hacia Zambia y Zimbabwe). No obstante, el nivel de la migración de trabajadores a Sudáfrica ha disminuido considerablemente durante el pasado decenio, pasando de unos 300.000 trabajadores extranjeros por año en 1970 a menos de 200.000 en 1981. Los trabajadores extranjeros en Sudáfrica son contratados en virtud de convenios entre la organización empleadora y los gobiernos de los países de origen; su repatriación se

► sabe que países como Argentina, Canadá, Costa Rica, Estados Unidos de América, Panamá, la República Dominicana y Venezuela han sido el destino de gran número de inmigrantes clandestinos que tienen su origen en un conjunto de países muy variados. Las políticas adoptadas por los países de esta región para hacer frente al problema de la inmigración ilegal van desde una postura de *laissez-faire* hasta la iniciación de campañas de regularización con objeto de legalizar la situación de los inmigrantes. La expulsión o el "regreso voluntario" de los inmigrantes ilegales es el mecanismo típico que se emplea para controlar la inmigración, aunque algunos países han adoptado también controles fronterizos más estrictos o reforzado las sanciones aplicadas a los empleadores para contener la afluencia ilegal de trabajadores inmigrantes.

La inmigración clandestina es también corriente en Europa, donde la política restrictiva de admisión adoptada desde 1973 ha llevado a muchas personas que buscaban empleo a entrar ilegalmente en un país o a entrar legalmente en el país y aceptar un empleo ilegalmente. A fin de controlar la inmigración ilegal e impedir su constante aumento, los países que antes importaban mano de obra han recurrido a una gran diversidad de medidas, entre ellas controles fronterizos más rigurosos, requisitos de admisión más estrictos, sanciones más graves para los traficantes y empleadores de inmigrantes ilegales y sistemas de regularización. No es posible evaluar en forma fidedigna el éxito de estas medidas ni la magnitud actual de la población en situación ilegal. Sin embargo, cabe observar que los inmigrantes cuya situación

no es legal no sólo están presentes en los países que anteriormente importaban mano de obra sino también en los países tradicionales de emigración. Por ejemplo, España, Grecia e Italia han señalado que tienen un número importante de inmigrantes ilegales, situación que agrava los problemas con que se enfrentan esas naciones para reintegrar a sus propios ciudadanos repatriados.

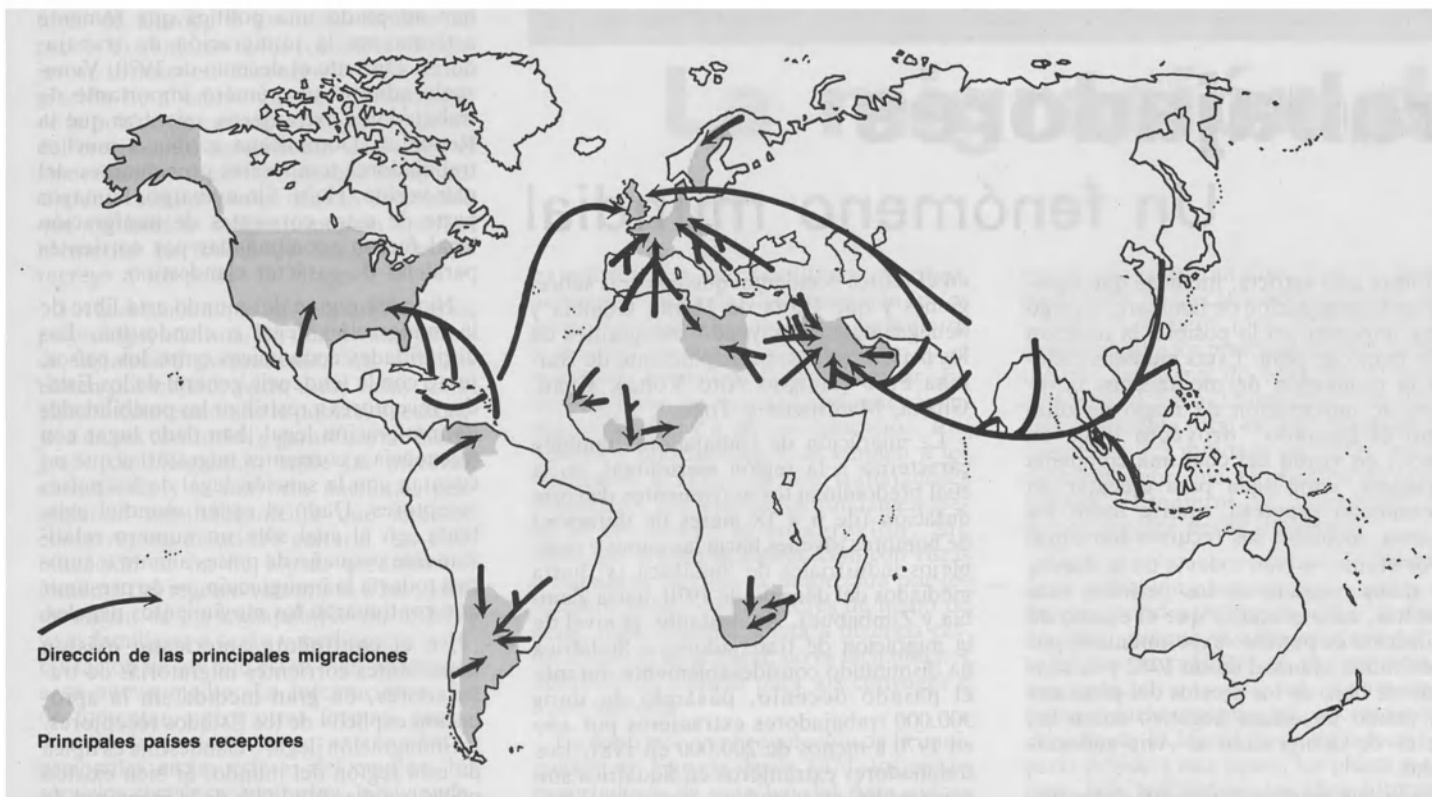
Asimismo, existen inmigrantes clandestinos en muchos de los países importadores de mano de obra del Asia sudoccidental, a los que se veían atraídos los emigrantes por las mejores perspectivas económicas. En otras regiones de Asia los estados o zonas económicamente prósperos, como Hong-Kong y Singapur, también han sido centros de atracción de corrientes ilegales, mientras que en ciertas regiones de la India las motivaciones económicas y políticas han dado lugar a la existencia de importantes poblaciones de inmigrantes cuya situación jurídica no es del todo clara. En África la creación relativamente reciente de estados soberanos, cuyos límites no siempre coinciden con las divisiones étnicas tradicionales, ha dado frecuentemente lugar a corrientes de inmigración clandestina, a partir de lo que tradicionalmente eran movimientos demográficos libres. En general, la política adoptada frente a estas corrientes ha sido liberal y los inmigrantes han podido permanecer y trabajar en el país receptor. Sin embargo, en los años últimos algunos estados han recurrido a medidas de deportación que suelen ser contrarias a los derechos humanos básicos.

La importancia de los movimientos de refugiados ha aumentado considerable-

mente durante el pasado decenio, por un lado debido al creciente número de países y personas afectados y, por otro, a causa de las ramificaciones políticas de estos movimientos. En 1974 la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) notificaba que había algo más de 1,8 millones de refugiados en el mundo (excluidos los palestinos), pero al final de 1981 esta cifra había aumentado a casi 6,8 millones (sin contar tampoco en este caso los casi 1,9 millones de palestinos a cargo del Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente -OOPS-). Dado el carácter de los movimientos de refugiados, las cifras mencionadas son sólo aproximadas, aunque indican órdenes de magnitud. En verdad la cifra de 1981 excluye a casi dos millones de refugiados que se han reasentado permanentemente en otros países de asilo y a muchos otros refugiados que han podido ser repatriados a sus países de origen. A pesar del considerable esfuerzo de los países desarrollados por reasentar a los refugiados, una gran mayoría de los refugiados siguen residiendo en países en desarrollo que suelen ser los países en los cuales encuentran su primer asilo. Solamente en África, el número de refugiados pasó de un millón a casi cinco millones entre 1974 y 1981; por su parte, en el Asia sudoriental había todavía a fines de 1981 alrededor de tres millones de refugiados a la espera de ser reasentados en terceros países.

En general, la política adoptada por los gobiernos en relación con los refugiados se ha visto influida por consideraciones humanitarias. Frente al número cada vez

Principales migraciones internacionales de trabajadores en los últimos 20 años



Nota: Todas las corrientes migratorias mantienen niveles numéricos elevados y constantes con excepción de las que se dirigen a Europa, Ghana y Nigeria.

Fuente: *Population Reports*, septiembre-octubre de 1983, The Johns Hopkins University, Baltimore, EUA

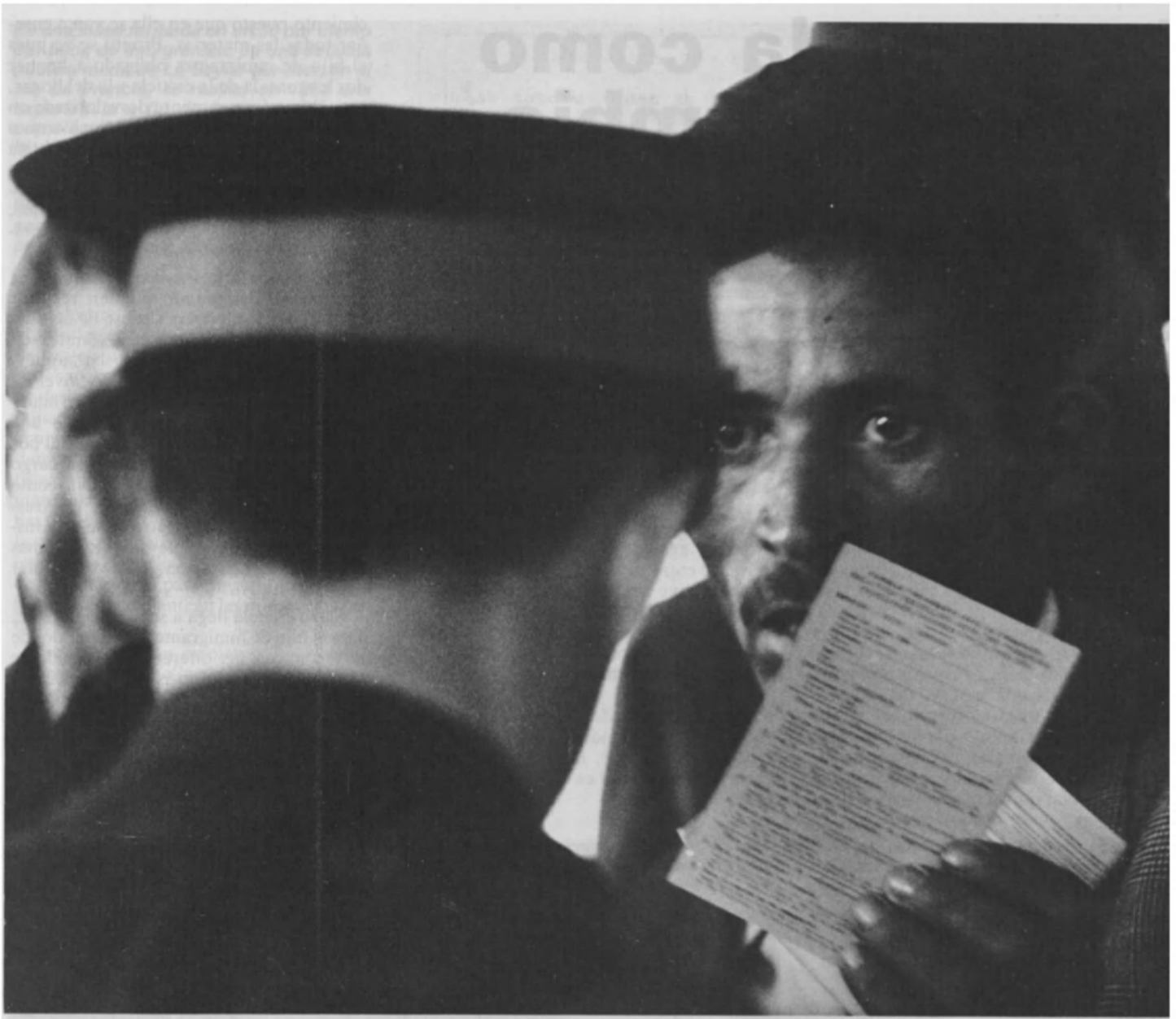


Foto Mohr, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra

mayor de refugiados en todo el mundo, muchos países desarrollados han realizado un esfuerzo especial por abrirles aun más las puertas. Sin embargo, dado que muchos de esos países rara vez son los del primer asilo, su posición de terceros países les ha permitido seleccionar los refugiados que admiten, con el resultado de que los criterios de reunificación de las familias y de posesión de conocimientos especializados utilizados en la selección han ido en detrimento de las posibilidades de reasentamiento de la gran mayoría de los refugiados que carecen de nexos familiares en el mundo desarrollado y que en su mayor parte son trabajadores no calificados. Los países que reciben directamente un gran número de refugiados han recurrido en lo fundamental a dos tipos de estrategia: la creación de campamentos "temporales" de refugiados cuyas necesidades básicas son atendidas con la ayuda de la comunidad internacional, y el reasentamiento de refugiados en zonas rurales, donde se les conceden tierras y se les alienta para que lleguen a ser autosuficientes. En este último caso también se ha solicitado la asistencia internacional para integrar al refugiado en el proceso general de desarrollo. El reasentamiento ha sido la norma en Africa, mientras que los campamentos temporales

El instante decisivo entre el pasado y el porvenir, entre el desempleo y el trabajo, entre la esperanza y el miedo.

de refugiados son típicos del Asia sudoriental, región donde han surgido las principales corrientes de refugiados en busca de reasentamiento en terceros países.

Sobremanera importante ha sido la función desempeñada por el sistema de las Naciones Unidas en lo que atañe a la asistencia, a la protección de la seguridad física y los derechos básicos de los refugiados y a la búsqueda de soluciones permanentes para su difícil situación. A más de obtener apoyo para los programas de reasentamiento, el ACNUR ha prestado también ayuda a muchos miles de refugiados que han podido ser repatriados voluntariamente. El apoyo de la comunidad internacional a las actividades del sistema de las Naciones Unidas en la esfera de los refugiados da fe de su importancia y realza la persistencia de su necesidad.

Por último, respecto de la inmigración permanente, cabe mencionar las tendencias recientes de la emigración dirigida o proveniente de los países tradicionales de inmigración, a saber, Australia, Canadá,

Estados Unidos y Nueva Zelanda. En el decenio de 1971-1981 sólo en los Estados Unidos hubo un aumento constante de los niveles de inmigración (fundamentalmente a causa de la admisión, hacia el final del decenio, de un gran número de refugiados; categoría inmigratoria que aún no está sujeta a cuotas). La reciente promulgación en Australia, Canadá y Nueva Zelanda de nuevas leyes de inmigración que permiten adaptar mejor los niveles de ésta a las necesidades nacionales se ha traducido en una reducción del número de inmigrantes admitidos, pese al mayor número de refugiados cuya entrada autorizaron esos países. A decir verdad, los datos sobre la emigración desde Nueva Zelanda revelan que el país experimentó una tasa negativa de migración en 1976-1980. Estos fenómenos indican que, en lo que atañe a los países tradicionales de inmigración, probablemente no van a mejorar las perspectivas para los futuros emigrantes.

Fuente: "Examen y evaluación del Plan de acción mundial sobre la población", documento de las Naciones Unidas E/CONF.76/PC/10, 2 de diciembre de 1983.

La escuela como lugar de cambio

por Georges Vignaux

LA escuela es el lugar donde cronológicamente ocurren primero los cambios esenciales que experimentan los hijos de inmigrantes. En efecto, es allí donde se viven esas primeras experiencias cruciales de adaptación a una nueva cultura y, reciprocamente, de aceptación, por parte de los niños del país que los acoge, de su especificidad y sus diferencias, lo que les hará reconsiderar y comprender mejor su propia cultura.

El hijo de una familia de inmigrantes puede observar numerosas contradicciones por el simple hecho de conservar ciertas prácticas que en el nuevo entorno resultan minoritarias y, por ende, capaces de identificarlo, de señalarlo como miembro de una comunidad diferente (vestidos, alimentación, antecedentes personales...). Por desgracia, ciertos valores culturales van a constituir implícitamente desde entonces una suerte de "noción primera" que axiomatiza una imagen del mundo, unas claves y unas convenciones legitimadas por el consenso familiar y que el niño percibe como algo que va contra las reglas mismas, implícitas o explícitas, del sistema escolar que es, por su parte, expresión de un consenso mayoritario.

Pero la escuela no es sólo el "reflejo" de un consenso nacional sino que también se propone activamente integrar, fundir a

todos los niños en un mismo molde, lo con cual se produce inevitablemente no ya la ignorancia sino el rechazo de esas diferencias.

Sin embargo, cada uno de nosotros, cada niño, necesita de esas diferencias personales y colectivas aun cuando sólo sea para concretar y quizás "desdramatizar" su situación, es decir el lugar que ocupa en toda una serie de imágenes, de clisés y de y de prejuicios que van de lo más inmediato a lo más distante. Y así toda marginalización se nutre de las actitudes sociales, tanto la propia como las ajenas, hacia ella misma. Tales actitudes sólo pueden contribuir a agravar el conflicto que el niño advierte entre su situación social y el modo en que vive su identidad cultural. La escuela puede entonces contribuir a concretar tales exclusiones dándoles una forma y una tipología precisas o a volverlas puramente relativas en dos planos generales: el de la *expresión* y el de la *orientación*.

La *adquisición de la expresión* entraña ante todo el aprendizaje forzoso de una retórica dominante, la del país huésped, y de su lengua, que es la lengua del cono-

Una clase de carpintería para adolescentes suecos e hijos de inmigrantes turcos en una escuela de Gotemburgo, Suecia.

cimiento puesto que en ella se van a enseñar todas las materias. Pronto se ve pues el hijo de inmigrantes obligado a oponer dos lenguas: la de la escuela y la del hogar, esta última forzosamente desvalorizada en relación con la primera. Agravará a menudo semejante desventaja lingüística la falta de apoyo familiar; y si ese niño logra superarla será al precio de una ruptura entre él y el medio cultural doméstico, que ya sólo podrá considerar como antagónico del modelo ambiente.

En la esfera de la *orientación* las mejores intenciones del mundo pueden resultar terriblemente selectivas a causa de las normas que rigen la enseñanza (límites de edad, "retraso escolar", cursos supuestamente especializados, etc.). A nivel de los educadores y de los consejeros en materia de orientación existe a menudo una percepción del medio familiar y social por la cual, so pretexto de tomar a su cargo a los niños inmigrantes, los tratan como si constituyeran "casos clínicos". Y al trasladarlos de un curso a otro y de una institución a otra serán nuevamente víctimas de una marginalización, esta vez escolar y administrativa.

Así la escuela llega a ser esencialmente, para el hijo de inmigrantes, un lugar donde se reconocen las diferencias y donde se producen de hecho la particularización y hasta la exclusión. Los sistemas de selección que la escuela entraña se apoyan en una serie de explicaciones pero, a su vez, éstas, progresivamente interiorizadas por los niños a quienes conciernen, van a fomentar paradójicamente en ellos procesos de autoselección y de autoeliminación ("No voy bien en la escuela porque soy diferente, y por lo mismo tampoco en la sociedad.").



Foto Hervé Gioaquet © Rapho, Paris

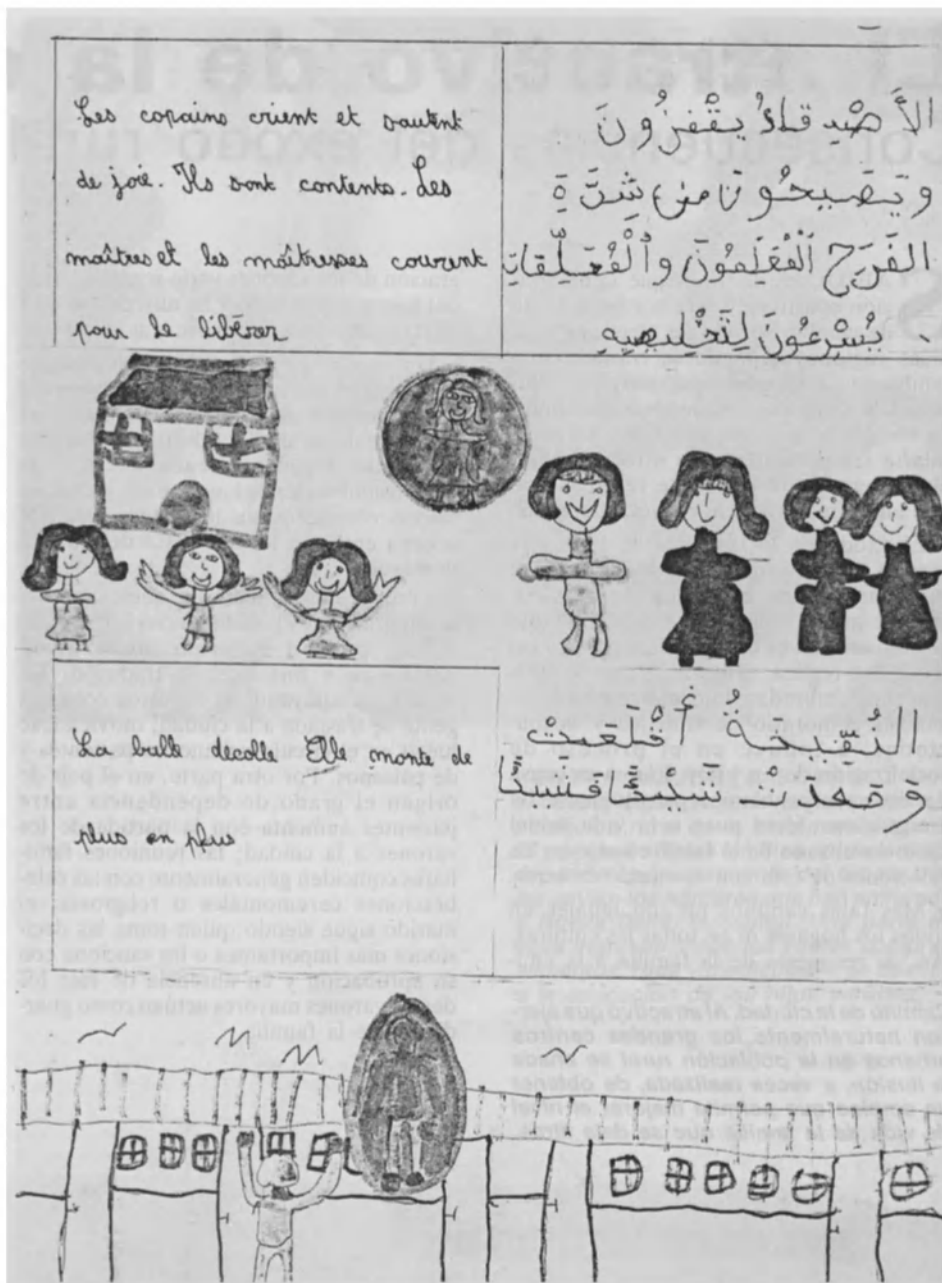
En una clase formada en un 30 por ciento por hijos de inmigrantes, de una escuela pública mixta de La Seyne-sur-mer, en el sur de Francia, se realizó en 1983 una experiencia a fin de fomentar la comprensión mutua de los niños y revalorizar la cultura y la lengua árabes entre los alumnos maghrebinos. Combinando lo imaginario con lo real, los escolares escribieron en francés y en árabe un cuento sobre su ciudad, ilustrándolo con sus propios dibujos y fotografías.

El destino escolar de los niños de inmigrantes puede estar así marcado a causa de sutiles procesos en virtud de los cuales se los orienta hacia cursos especializados, profesionales o no, concentrados en determinados establecimientos. El lugar que ocupan en el mundo escolar es al mismo tiempo reflejo y resultado de su ubicación física en el espacio social (escuelas con matrícula excesiva en ciertas zonas urbanas). Y hasta se podría atribuir al hábitat la responsabilidad de los fracasos escolares ignorando con ello la falta de preparación de los maestros para hacer frente a los problemas que plantean las diferencias culturales.

Toda institución escolar se basa en un marcado "elitismo" que sólo puede conducir a la exclusión de un porcentaje no desdeñable de alumnos. Y tal es también el destino de los niños pertenecientes a las clases más desfavorecidas de la sociedad receptora, pero en los vástagos de inmigrantes las consecuencias son necesariamente más graves respecto de la percepción que tienen de su propia identidad. De ahí que sientan esa selección, más profundamente que los otros, como una suerte de exclusión social, de condena a los mismos empleos de sus padres o simplemente al desempleo.

Esa escuela que para ellos es desde el comienzo un lugar de obligaciones y de coacciones pronto les parecerá extraña e incluso hostil porque tienen la impresión de que les conduce a un callejón sin salida en el seno de una sociedad en la que no tienen cabida. El fracaso escolar se vuelve así ejemplo de un fracaso social más general que da origen a un sentimiento de desesperanza. Y esta situación de incompreensión cultural engendra gradualmente la inadaptación social. "Hijos ilegítimos" de una sociedad en la que creen no tener cabida y de países a los que ya no pertenecen, esos descendientes de inmigrantes van ahora a reivindicar aquella visibilidad que antes tenían. Su "desidentificación" social les conduce necesariamente a una marginalización visible (formación de grupos minoritarios) o a una reidentificación ilusoria con una cultura nativa que ya no será jamás la de su familia. De esta manera, a medida que aumentan las reivindicaciones étnicas se desarrollan ciertas crisis simbólicas que, al mismo tiempo que expresan la búsqueda de una estrategia de revalorización o de autojustificación, reflejan el fracaso de una integración en un medio escolar no preparado para acoger a esos niños con la consideración a que éstos y sus familias aspiran.

Una posible solución del problema radica en la diversificación de la enseñanza actual: en torno al tronco común de una educación básica deben desarrollarse



diversos tipos de formación equivalentes, basados en culturas o técnicas diferentes. A este respecto es esencial no volver a incurrir en el error de las corrientes selectivas actuales, so pretexto de adaptarlas, cosa que sólo conduce al fracaso escolar y, en consecuencia, social. De ahí la importancia de una reestructuración cultural de la enseñanza primaria y preprimaria.

En estos puntos debe centrarse la formación de los maestros y el análisis y la reflexión acerca de los métodos didácticos que conviene promover. Se trata de brindar a todos los niños, y no solamente a los hijos de inmigrantes, las mismas oportunidades en materia de educación, a fin de que puedan más tarde disfrutar de la libertad de elección. El reconocimiento de la diversidad cultural entraña reconocer también las diferencias en cuanto a los adelantos en los estudios y la adaptación a la escuela y poner en tela de juicio las modas actuales de jerarquización forzosa de los tipos de enseñanza y de los programas de estudios.

De ahí la importancia que para todos los niños tiene el disfrute de un libre intercambio de expresiones lingüísticas variadas que es determinante para el desarrollo cog-

noscitivo, intelectual y particularmente técnico. En este sentido, tratar de definir y de perfeccionar la enseñanza "intercultural" significa considerar la posibilidad de crear las condiciones que aseguren respeto y comprensión no solamente entre las diversas culturas sino también entre los modos de expresión a través del lenguaje, de la literatura y de la técnica.

Ninguna cultura puede ser asimilada a un sistema cerrado de valores y de comportamientos, ni siquiera cuando, en determinados periodos de la historia, necesita actuar como si así fuera. Por el contrario, las culturas del mundo sólo pueden nutrirse mediante el intercambio con las que les son próximas y la confrontación con las más distantes. La escuela está en condiciones de hacer comprender mejor esta dinámica "natural". Y tal es quizás una de sus funciones principales.

Este artículo está tomado de un informe sobre La educación de los hijos de inmigrantes: problemas y perspectivas, preparado por Georges Vignaux para la 13ª reunión de la Conferencia Permanente de Ministros Europeos de Educación celebrada en Dublín, Irlanda, del 10 al 12 de mayo de 1983.

El atractivo de la ciudad

Consecuencias del éxodo rural

SABIDO es de todos que la emigración constituye un factor importante de cambio social que afecta no sólo a las regiones a donde se traslada sino también a aquellas de donde proviene. Así, sucede a veces que un miembro de la familia emigra de su lugar de origen para instalarse temporalmente en otro, tomando al primero como punto de referencia al que en última instancia proyecta regresar.

El éxodo de los varones de las zonas rurales a las urbanas, que esencialmente se emprende en búsqueda de empleo, impone graves exigencias a la familia que se deja atrás. Por ejemplo, constriñe a las mujeres a realizar tareas a las que no estaban acostumbradas, lo cual obliga a reorganizar el horario de trabajos y ocupaciones, e influye en el proceso de socialización de los hijos, lo que es causa de diversos problemas psicológicos. La emigración afecta pues a la vida social tanto en el seno de la familia como en las relaciones de ésta con el mundo exterior.

Mas tales cambios no son iguales en todos los hogares ni en todas las culturas. Así, la respuesta de la familia a la emi-

Camino de la ciudad. Al atractivo que ejercen naturalmente los grandes centros urbanos en la población rural se añade la ilusión, a veces realizada, de obtener un empleo que permita mejorar el nivel de vida de la familia que se deja atrás.

gración de los varones varía según se trate del hijo o del marido y su ausencia afecta diferentemente a la madre y a la esposa.

Un estudio comparativo de las emigraciones demuestra que éstas incrementan los ingresos y mejoran relativamente el nivel de vida de la familia, así como amplían diversamente, según los casos, las responsabilidades de las mujeres. Además, ciertos elementos de la cultura material urbana entran a formar parte del ámbito doméstico.

Contrariamente a lo que suele creerse, la emigración y el contacto con la "modernidad" pueden estrechar los lazos de parentesco y fortalecer la tradición. En efecto, es apoyándose en éstos como la gente se traslada a la ciudad, moviéndose luego en el círculo urbano de parientes y de paisanos. Por otra parte, en el país de origen el grado de dependencia entre parientes aumenta con la partida de los varones a la ciudad; las reuniones familiares coinciden generalmente con las celebraciones ceremoniales o religiosas; el marido sigue siendo quien toma las decisiones más importantes o las sanciona con su aprobación y en ausencia de éste los demás varones mayores actúan como guardianes de la familia.

Tal situación es comprensible toda vez que la emigración es un fenómeno transitorio que requiere sólo de adaptaciones circunstanciales que se abandonan en cuanto se vuelve a la vida "normal". Sin embargo, la emigración brinda a las mujeres la oportunidad de moverse en un ámbito más amplio de trabajo y experiencia en la gestión de asuntos domésticos que en circunstancias normales están a cargo de los hombres. Asimismo, los largos periodos de ausencia del marido obligan a las mujeres a asumir mayores responsabilidades y a adoptar decisiones respecto de cuestiones urgentes.

Pese a ello, la verdad es que los hombres no emigran con el propósito de mejorar la situación de las mujeres sino con miras al mejoramiento general del nivel de vida de la familia y a realzar su propia posición dentro de la estructura tradicional. Y el sufrimiento que entraña la separación resulta a largo plazo una inversión hecha por los padres para asegurar un futuro mejor a sus descendientes. En efecto, aunque la situación de los padres no cambie sensiblemente, sus hijos pueden recibir una educación que les permitirá más tarde obtener un empleo mejor y sus hijas casarse convenientemente.



por Yogesh Atal

La emigración de los hombres a los grandes centros urbanos plantea problemas tanto en las ciudades como en las aldeas donde residen las familias, pero no influye inmediatamente en la situación de aquellos. Tras comprender este fenómeno y aceptar la inevitabilidad de un flujo o reflujo de la emigración, debemos concebir una estrategia adecuada para canalizar el éxodo de los varones. Los estudios realizados hasta ahora incitan a considerar la conveniencia de crear en las regiones rurales incentivos tales como el desarrollo de las grandes aldeas y las pequeñas ciudades de modo que la gente pueda recorrerlas pero sin alejarse demasiado. Ello permitiría crear en diversas regiones del país las infraestructuras adecuadas que aseguren el crecimiento económico equilibrado necesario para eliminar la pobreza en el campo y descentralizar el proceso emigratorio.

*Se resume en el presente artículo el epílogo del libro *Women in the Villages, Men in the Towns* (Las mujeres en las aldeas, los hombres en las ciudades) publicado en 1984 por la Unesco en su colección "Women in a world perspective" (Las mujeres en una perspectiva mundial).*



Foto FAO, Roma

"ENTRE MUJERES SOLAS". Una encuesta recientemente realizada entre la población rural de la India revela que el 75 por ciento de las familias entrevistadas dependen principalmente del dinero que les envían los hombres que han emigrado a Nueva Delhi, la capital. Una parte de esos ingresos —con los cuales compran alimentos, ropa y medicinas— se destina a la educación de los hijos varones.





Cordial conversación entre un muchacho chicano y un chico negro norteamericano en California, junto a un muro con ornamentaciones estilizadas de neta inspiración precolombina.

La emigración internacional y la Unesco

por Ronald G. Parris

SEA permanente, temporal o estacional, legal o ilegal, organizada o espontánea, la emigración internacional se caracteriza esencialmente por toda una serie de formas de confrontación entre sistemas sociales y tradiciones culturales diferentes y por tener su origen en situaciones históricas y estructurales distintas (religiosas, políticas o económicas, secuelas de una guerra o de desastres naturales).

La Unesco ha venido ocupándose de este problema desde 1949, dedicándole estudios que abarcan desde la cuestión de la asimilación cultural, la educación y la formación de los trabajadores extranjeros y de sus familias hasta los problemas relativos a su regreso y readaptación al país de origen.

La Resolución 1.142 aprobada por la 17ª Reunión de la Conferencia General en 1972 invitaba a la Unesco a emprender un programa específico de acción en favor de los trabajadores inmigrantes y de sus hijos. Entre las actividades de la Organización orientadas a cumplimentar tal resolución figuran numerosos estudios sobre las diversas dimensiones de la emigración y la amplia difusión de los resultados de esos estudios y la asistencia para organizar reuniones de expertos que evalúen tales resultados y presenten recomendaciones a los Estados Miembros. El principal criterio orientador de esas actividades ha sido considerar la inmigración no simplemente como un problema laboral sino más bien

como un proceso social, cultural y político complejo e intrincado. Uno de los objetivos prácticos de la acción sigue siendo alentar a los estados a elegir y aplicar una estrategia apropiada, tanto en la esfera económica como en la política y cultural, que pueda conducir a la elaboración de una verdadera carta de los derechos de los inmigrantes. Esta carta podría basarse en el principio de la igualdad de trato de los inmigrantes respecto de la población local a la vez que reconocería la conveniencia de establecer disposiciones particulares cuando existieran necesidades específicas (por ejemplo, en materia de lengua y de formación profesional) y la importancia de considerar como un derecho el fomento y la protección de la identidad cultural tanto de los individuos como de los grupos.

Los programas de actividades más recientes de la Unesco se han concentrado

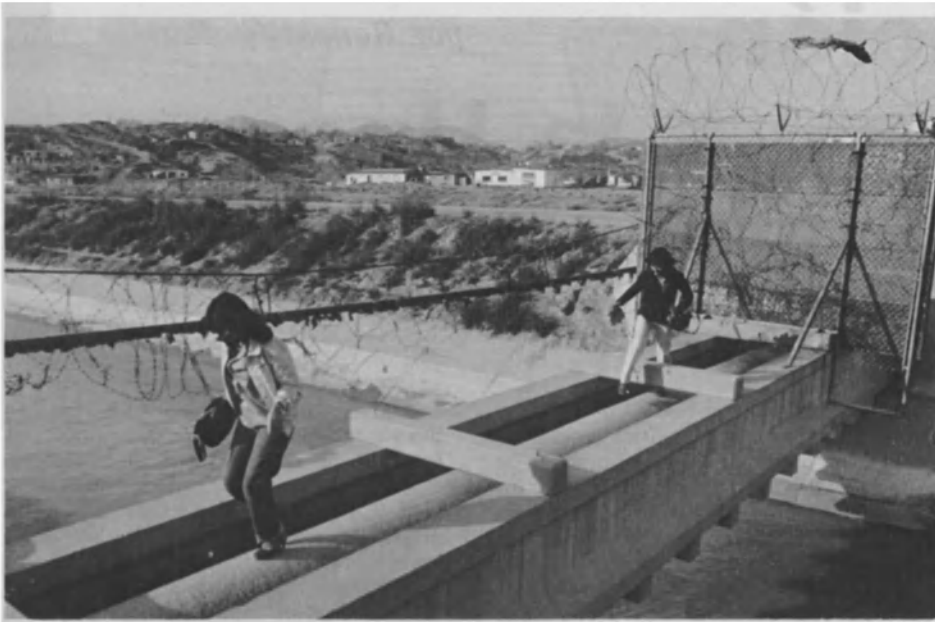
El sistema económico del apartheid se basa en el bajo costo de la mano de obra de los negros migrantes; millones de africanos están así privados del derecho a vivir con su familia, que permanece en las regiones rurales. Numerosos niños de los bantustanes sudafricanos ven a sus padres sólo una vez al año y únicamente las mujeres pueden ocuparse de sus hijos. En la foto, una familia del "estado independiente" de Transkei, República Sudafricana.

en la educación y formación de los inmigrantes y en las repercusiones de la inmigración en las estructuras sociales de ciertos países, particularmente en sus relaciones étnico-raciales. También se han llevado a cabo investigaciones sobre las formas y las consecuencias de la emigración del campo a las ciudades en Africa, Asia y América Latina y sobre los mecanismos de adaptación de los trabajadores inmigrantes a la situación urbana. En su vida cotidiana estos últimos son víctimas de la alienación cultural, el aislamiento, la ambivalencia y el rechazo, lo cual les empuja hacia universos sociales generalmente inconexos y conflictivos. El trabajador vive en una "tierra de nadie, que no es la de su país de origen ni la de su país de empleo", lo que ocasiona a menudo la disgregación de su propio grupo familiar y de la comunidad inmigrante cuyo apoyo necesita. Su vida diaria está típicamente organizada en torno a dos polos: por un lado, su familia y sus compatriotas, en un entorno cultural que se asemeja al del país de origen o que por lo menos se inspira en sus valores, y, por otro, su trabajo y su vida pública que transcurren en un medio cultural que no le es familiar.

Esta divergencia o dicotomía cultural se manifiesta en la adquisición gradual por parte del inmigrante de dos instrumentos lingüísticos autónomos: la lengua materna, básicamente de uso privado, que emplea con sus parientes y amigos ("lengua de los sentimientos"), y una lengua administrativa ▶



Foto Tony McGrath © International Defence and Aid Fund for Southern Africa, Londres



Dos jóvenes mexicanas cruzan ilegalmente el Río Grande del Norte o Río Bravo —frontera con los Estados Unidos— entre Ciudad Juárez (México) y El Paso, estado de Texas.

► y especializada del país donde trabaja, desprovista de contenido afectivo, que es la “lengua del poder o de la dominación”. En relación recíproca con esta dicotomía lingüística se encuentra la división de su vida cotidiana en dos universos aislados: el del trabajo y el del gueto cultural.

El aislamiento y la alienación observables en la población inmigrante resultan aun más acusados en el caso de las mujeres. Lejos de disipar el sentimiento de alienación del inmigrante en cuanto tal, la diferencia de sexos tiende a exacerbar los problemas de adaptación cultural que las mujeres inmigrantes deben encarar. Sus funciones de reproducción y su trabajo productivo constituyen los elementos básicos de su experiencia en los países receptores y los puntos de referencia para evaluar las consecuencias de la emigración respecto de su identidad, su situación y su comportamiento cultural tanto dentro de la familia como en el mundo del trabajo.

Las condiciones socioculturales que encuentran los trabajadores inmigrantes y

sus familias y las tendencias de las propias corrientes emigratorias tienen, como punto de partida, las estructuras internacionales de orden económico, político y demográfico que las engendran. Entre estos factores figuran, en primer lugar, la demanda de mano de obra barata en los países más industrializados y la necesidad de vender su fuerza de trabajo en los países donde hay exceso de ella. También debe considerarse a este respecto el deterioro de las tendencias demográficas en algunos de los países más industrializados.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta las condiciones y formas particulares de contratación y empleo de los trabajadores inmigrantes (por ejemplo, acuerdos bilaterales, inmigración clandestina) ya que ellas desempeñan también un papel importante en su experiencia sociocultural y en la de sus familias, incluida su relación con las instituciones y los servicios del país huésped. Por tales razones el problema de la emigración debe enfocarse de manera global. La situación del

trabajador inmigrante tiene que ser considerada en sus diversas dimensiones ya que su cultura, su educación y su formación están vinculadas con los factores económicos y políticos que afectan a su empleo o su trabajo, los que, a su vez, se relacionan con los sistemas étnico-racial y de clases de los países receptores. Es preciso tomar en consideración las consecuencias que la presencia del trabajador inmigrante tiene en dichos sistemas y las prácticas y la política que, voluntariamente o por azar, lo mantienen en una situación de dominación económica y en una suerte de limbo cultural. Y cuando se considera el problema a nivel de la economía cabe afirmar que la inmigración, sea espontánea u organizada, no puede corregir los fallos básicos de las estructuras socioeconómicas de los países que la reciben ni de los países de donde proviene aunque siga siendo un factor estructural de la economía mundial.

La discriminación institucional y los prejuicios raciales y étnicos son rasgos comunes de las sociedades a las que van los emigrantes. Esos prejuicios son a menudo patentes en las condiciones y requisitos exigidos para entrar en el país, en la política oficial de inmigración, en la práctica diaria de las relaciones de trabajo, en la sala de clases y en las actitudes y contactos cotidianos entre los inmigrantes y la población local. En algunos casos, las tensiones raciales conducen a la violencia. El trabajador inmigrante, objeto económico al comienzo, se convierte pronto en un objeto étnico-racial. Los dirigentes de los países receptores que se declaran en favor de la inmigración, siempre que se limite a unos cuantos países de origen, o en favor de la extensión de los derechos cívicos y otros privilegios únicamente a los trabajadores inmigrantes cuyas “tradiciones culturales” se asemejen más a las suyas o sean más compatibles con éstas, haciendo así de ellos personas más asimilables, están de alguna manera sugiriendo, igual que los enemigos declarados de la “inmigración de color”, que el racismo puede estar justificado.

En las actuales condiciones de crisis económica y desempleo muchos países consideran la presencia de los trabajadores inmigrantes como una amenaza para la subsistencia y la supervivencia de la población nativa e incluso como causa de las propias dificultades económicas. Comienza



Gracias a un contrato celebrado con la Unesco, la Asociación de Mujeres Africanas del Espacio 93 (AFES 93), de Bobigny, al noreste de París, desarrolla un programa de actividades destinado a fomentar la participación de las mujeres y de las hijas de inmigrantes en la vida social de la comunidad receptora. Las actividades manuales comprenden corte y confección, bordado, tejeduría, pintura en tela y tintorería. En la foto, la sala de costura. La Unesco ha propuesto contratos similares a cuatro asociaciones de trabajadores inmigrantes: dos de Francia, una de Suiza y una de Bélgica.

generalmente a pedirse un mayor control social de esos extranjeros y se exige incluso su expulsión y repatriación. Los ejemplos abundan por doquier. Tras la reciente disminución de los ingresos provenientes del petróleo, las autoridades de Nigeria han expulsado por la fuerza a los inmigrantes, y en especial a los trabajadores ilegales. En Francia, un partido político está consolidando su base popular relacionando la inmigración con el desempleo, lo que ha provocado una vigorosa reacción que ha adoptado la forma de un movimiento contra el racismo cuyo lema de "Touche pas à mon pote" (No toques a mi amigo) ha logrado un relativo éxito ante la opinión pública y ha aglutinado a diversas corrientes de opinión opuestas al racismo. En Gran Bretaña las comunidades de origen asiático y antillano han respondido a la violencia y a la discriminación racial refor-

zando su organización y su participación colectiva en la comunidad así como su militancia en los sindicatos obreros.

Finalmente cabe preguntarse cuál es la situación legal de los inmigrantes y de los trabajadores extranjeros en los países donde trabajan. He aquí un problema que también preocupa a la Unesco. La experiencia demuestra que, al igual que su situación socioeconómica, la situación legal de los inmigrantes es generalmente precaria, dependiendo a menudo de los poderes discrecionales de las autoridades administrativas. Por otra parte, esa situación puede ser revisada en los periodos de recesión económica. Tal ha sido el caso, por ejemplo, de los inmigrantes asiáticos y antillanos en Gran Bretaña, donde una serie de leyes relativas a la inmigración, como la *Commonwealth Immigration Act* de 1962, han delimitado estrictamente sus

condiciones de entrada en el país así como el derecho de admisión de sus parientes e incluso de sus esposas. Algo similar ha sucedido también en algunos países de Asia occidental importadores de mano de obra, que han adoptado sus propias medidas de control de la inmigración. Hay quienes cuidan celosamente de que no se amplíen los derechos cívicos a los inmigrantes. Por ejemplo, el derecho de voto sigue constituyendo un tema de controversia en algunos de los países huéspedes.

RONALD G. PARRIS es especialista en cuestiones de desarrollo del sector de ciencias sociales y humanas de la Unesco. Ha sido profesor de sociología de la New York University y la Vanderbilt University y decano de la School of Arts and Sciences de la Virginia Union University, en Estados Unidos. Es autor de varias publicaciones sobre los problemas de la emigración.

Las migraciones dentro de Africa

EN el Africa subsahariana pueden encontrarse dos polos principales de atracción de la fuerza de trabajo internacional.

El primero y más importante es el Africa occidental donde en 1975 había cerca de 2,8 millones de inmigrantes en nueve países. La emigración de lugares distantes a esta región del continente data de hace mucho y comenzó con el desplazamiento de aldeas o de clanes enteros que huían de la guerra o del hambre. Más tarde los colonialistas llevaron, frecuentemente por la fuerza, mano de obra a Ghana y Costa de Marfil. Hoy día, la desigualdad de oportunidades de trabajo, la sequía y la política de "fronteras abiertas" de la mayoría de los países de la región favorecen la migración voluntaria. El número de trabajadores extranjeros tiende a crecer debido a un índice de natalidad que se sitúa actualmente por encima de 45 por mil. Son frecuentes el regreso de los emigrados a su lugar de origen y la circulación por los diversos países del Africa occidental.

Esos trabajadores provienen generalmente de las zonas rurales y con bajos ingresos de países sin litoral tales como Malí y Alto Volta. En 1975 el 17% de la población de este último vivía en el extranjero. El lugar de destino de los emigrantes ha cambiado en los treinta últimos años según la prosperidad relativa de los países costeros y su política de inmigración. Así, Ghana era el punto de llegada favorito a fines de los años 50 y comienzos de los 60, mas tras el deterioro de su economía el gobierno expulsó en 1969 a todos los extranjeros que no habían obtenido permiso de residencia y que fueron a buscar trabajo en Costa de Marfil y en Nigeria; catorce años después y por razones

semejantes Nigeria recurrió a una expulsión similar a la de Ghana.

El segundo polo de atracción de la migración laboral en el Africa subsahariana es Africa del Sur. Durante cerca de un siglo las minas sudafricanas han contratado trabajadores por cortos periodos de tiempo en los países vecinos. El flujo de inmigrantes llega a unos 250.000 por año, cifra que se mantiene relativamente constante. Mas, a diferencia de lo que sucedía en el pasado, su lugar de origen se ha diversificado: en efecto, hoy día pueden encontrarse unos cuantos provenientes de Malawi y Mozambique y, en mayor número, de Botswana, Lesotho y Swazilandia. □

Los aldeanos encaramados a este camión cargado de calabazas van a la ciudad en busca de un trabajo que les permita mejorar sus condiciones de vida.

Fuente: *Population Reports, Special Topics*, nº 7, septiembre-octubre de 1983, The Johns Hopkins University, Baltimore, EUA.



Foto P. Pittel, OMS

Francia

El dilema cultural de los norteafricanos

por *Abdalah Buhamidi*

AUNQUE la inmigración de norteafricanos es en Francia relativamente antigua, puesto que los primeros que vinieron al país fue para incorporarse a las tropas francesas durante la Primera Guerra Mundial, la llegada del grueso de sus efectivos sólo data de hace 30 o 40 años.

Atraídos tras la Segunda Guerra Mundial por el auge de la economía francesa que encontraba en ellos una mano de obra abundante, barata y flexible, no se planteaban en su mayoría el problema de la adaptación sociocultural. Ni los recién llegados ni quienes los acogían consideraban semejante experiencia común como una situación de convivencia que fuera a durar mucho tiempo.

Lo que le interesaba a la economía francesa era la fuerza de trabajo que representaban esos hombres y mujeres. En cuanto a éstos, su objetivo era regresar a su patria en cuanto hubieran acumulado dinero suficiente para vivir con sus familias, que por lo general se habían quedado allí.

Hoy día podría pensarse que ocurre lo mismo con unos 600.000 inmigrantes cuyas familias no han abandonado su país de origen. Pero para los demás, mucho más numerosos, la situación no es exactamente la misma, aunque la mayoría de ellos sigan soñando con volver a su patria.

El problema del retorno a su país se les plantea con gravedad creciente a los trabajadores provenientes del Magreb ya que la crisis económica hace de ellos los candidatos preferidos a la desocupación. En efecto, las dificultades con que tropieza actualmente el mercado del empleo repercuten más agudamente en dicha comu-

nidad que en los trabajadores franceses e incluso que en otros grupos de inmigrantes.

Últimos en ser empleados (salvo cuando se trata de tareas penosas, sucias o peligrosas), los trabajadores extranjeros son los primeros en ser despedidos en caso de reestructuración de las empresas, a menos que se les proponga una jubilación anticipada, unida a veces a un estímulo económico, para que vuelvan a su país.

Cabe recordar que la crisis por la que Francia atraviesa actualmente no es sólo coyuntural, sino que afecta a las estructuras mismas de la economía necesitadas de adaptarse a las exigencias de la competencia en el mercado internacional. La modernización se impone y para ello es preciso recurrir a las más altas calificaciones técnicas. En tal contexto no hay lugar para una mano de obra no calificada, por muy barata que sea.

Más aun, gran parte de los trabajadores que vinieron con la primera ola migratoria llegan ahora a la edad de la jubilación, anticipada o no, y al problema de su regreso al país se añade el de la situación actual y el porvenir de sus hijos. Recuérdese al respecto que esos trabajadores han ido postergando el regreso en espera de que sus hijos —a quienes hicieron venir cuando pudieron contar con los medios necesarios para acogerlos o que nacieron en Francia— terminaran sus estudios.

Pero éstos, al crecer, han adoptado en Francia una manera de vivir y de pensar y ciertas costumbres que suelen convertirlos en extranjeros en su país de origen, al que les costaría mucho adaptarse. Sus propios padres han adquirido con el tiempo un modo de vida diferente, de suerte que,

siendo extranjeros en Francia, se han vuelto también progresivamente extranjeros en sus propios países.

¿Es posible en tales condiciones el retorno? La experiencia de quienes lo han intentado es muy instructiva a este respecto, aun cuando sea demasiado reciente para poder extraer de ella conclusiones generales.

La verdad es que tanto para aquellos que tuvieron un retorno "feliz" como para los que al volver tropezaron con dificultades, la reinserción en el país de origen no es algo obvio y natural, mucho menos cuando, como sucede a menudo, no se está preparado para arrostrarla. Quienes mejor lo consiguen son al parecer las personas que se habían adaptado más fácilmente a Francia y adquirido en este país unos conocimientos y una formación profesional propios para facilitar su reinserción social y económica en su verdadera patria.

Se advierte además que los hijos de inmigrantes que cursaron con éxito sus estudios en las escuelas francesas son precisamente aquellos que se mantuvieron muy cerca de su cultura de origen y de quienes la transmitían, o sea sus padres. Cabe pues deducir que el problema de la adaptación sociocultural de los inmigrantes norteafricanos y de sus hijos en Francia está en relación directa con el de la preservación de su identidad.

Más allá de las dificultades de adaptación inherentes a las condiciones de vida reservadas a una comunidad de la que sólo interesa su fuerza de trabajo y a la que se mantiene en la periferia de las ciudades aislándola así de una vida cultural en la

"Los chicos del Mekong"

UNA tranquila callejuela de Asnières, en las afueras de París. Sobre una puerta, un letrero insólito en semejante lugar: "*Les Enfants du Mékong*". Se trata de un hogar donde viven unos quince muchachos asiáticos de 16 a 20 años de edad. En las horas de trabajo no se encuentran allí a nadie: todos están en los cursos de alfabetización o en las aulas de clases. Pero cuando se juntan por la noche o a la hora de las comidas se diría una familia numerosa, con Monsieur Péchard, el director

(a quien todos llaman "tío"), Olivier, el animador (que bien podría ser un hermano mayor), y las madres vietnamitas dedicadas a la cocina.

"Nos ocupamos principalmente de ciertas formas de padrinazgo —dice el señor Péchard—. Indicamos al padrino el nombre de un niño de un campamento de Tailandia y él se compromete a enviarle cada mes una pequeña cantidad de dinero por intermedio nuestro. Se puede apadrinar también a jóvenes que se encuentran ya en Francia, como los de este hogar, sea responsabilizándose total o parcialmente de su mantenimiento o, mejor aun, acogiéndoles en la familia durante las vacaciones o los fines de semana. Todas

las formas de participación son bien recibidas."

Así se han constituido especialmente, a menudo en el marco de una parroquia, de un movimiento de la comunidad o de beneficencia o de una escuela, grupos que acogen a familias enteras de inmigrantes. Unos les buscan alojamiento, otros les ayudan en los trámites administrativos de la matrícula en las escuelas o enseñan el francés a los recién llegados. Y de tal modo se crea todo un sistema de solidaridad en el que cada persona encuentra algo que hacer según sus posibilidades. □

Fuente: *Peuple du monde*, nº 184, junio de 1985.



Foto Jacques Haillet © L'Express, París



Foto Jean Pierre Couderc © L'Express, París



Foto Jacques Haillet © L'Express, París

El pintor Rachid Khimune, que se interesa por la caligrafía árabe y ... por la ornamentación geométrica de las "tapas de alcantarillas", realiza una experiencia original: hace un molde de éstas que luego imprime en grandes lienzos, combinando sus diseños con la caligrafía. "El adoquín es la riqueza de los inmigrantes", dice. "Yo encuentro en él los mismos arabescos que en el arte musulmán."

"Hijo de inmigrantes, perdido entre dos culturas, entre dos historias, entre dos lenguas (...), inventándose sus propias raíces y vínculos, fabricándose los". Tal es el retrato de un personaje de Le thé au harem d'Archil Ahmed del novelista argelino Mehdi Charef, obra que él mismo llevó con éxito al cine en 1984. Pero esa ambivalencia cultural, tan difícil de soportar para los inmigrantes de la segunda generación a quienes amenaza con encerrarlos en una doble marginación, puede transformarse en fuente de inspiración creadora, como en el caso de Leila Sebbar (en la foto), novelista de padre argelino y de madre francesa, que sitúa su obra "en la confluencia de dos civilizaciones tan ricas la una como la otra".

"Antes pensábamos que un día volveríamos a Argelia. Hoy sabemos que nos quedaremos aquí", dice el escultor Mohand Amara, residente en París. El sueño del regreso, continuamente acariciado por los inmigrantes, ¿lo realizarán sus hijos? Hasta ahora muchos de éstos sólo se han integrado parcialmente a la sociedad receptora aunque ya no se reconocen en su sociedad de origen ni son reconocidos por ésta.

que nada les invita a integrarse, pronto falseó el problema un monstruoso malentendido que, sobrepasando la cuestión de la simple adopción de las costumbres y de las leyes del país huésped, hacía del repudio de sí mismo el precio casi obligatorio que debía pagarse por una hipotética integración.

Los valores y la cultura propios de los inmigrantes norteafricanos, percibidos en Francia a través de clisés estáticos y fuera del contexto histórico común a ambas orillas de esta parte del Mediterráneo, no tenían posibilidad alguna de afirmarse frente a los del país que los acogía.

Se ha atribuido el rechazo de ciertas formas de expresión de esa comunidad de inmigrantes a las considerables diferencias que separan la cultura árabe-musulmana de la europea. Mas semejante explicación no es realmente válida puesto que en otras oportunidades y en diversas ocasiones ambas culturas han dado muestras de ser perfectamente complementarias y enteramente compatibles entre sí.

El rechazo de los valores de que eran portadoras las primeras generaciones de inmigrantes no fue solamente obra de la sociedad huésped sino también de las generaciones siguientes que veían en su identidad cultural y, por ende, en sus padres la causa de las dificultades con que tropezaban para integrarse en el país.

Poco tiempo tomó a esas generaciones comprender, a través de la escuela y del aprendizaje de la lengua, la clave que les permitía hacer una "lectura de la sociedad" que les había acogido y que seguía siendo hermética para sus padres. Y éstos, no

estando ya en condiciones de cumplir su función de iniciadores, perdían así lo que había constituido el fundamento de su autoridad y que al mismo tiempo la legitimaba.

Al adoptar una actitud ambigua hacia su propia identidad, esos padres contribuyeron involuntariamente al deterioro de sus relaciones con sus hijos. En su deseo de llegar, a través del éxito escolar y del ascenso social de éstos, a semejarse al modelo dominante, lo sobrestimaron en detrimento de sus propios modelos culturales que debían servir de referencia a sus hijos.

Atrapados en esta contradicción, alimentando interiormente una imagen negativa de sí mismos, la nueva generación terminó por relacionar fatalmente sus fracasos con su identidad rechazada. Tal situación creaba en el seno de la familia una dinámica conflictiva que menoscababa la autoridad del padre y, en consecuencia, afectaba al equilibrio de los hijos que en semejantes condiciones sólo podían ir acumulando sus fracasos escolares. Mas el hecho de rechazar su cultura de origen no les ha dado acceso a la cultura del país huésped ni han logrado con ello adquirir el caudal de conocimientos necesario para una inserción social y profesional satisfactoria, menos aun la que sus padres deseaban para ellos.

Si la inmigración norteafricana ha sido sumamente provechosa para la economía francesa, su aporte a la cultura del país tampoco es desdeñable. Con sus idas y venidas de una orilla a otra del Mediterráneo, se ha convertido en vehículo del intercambio entre las dos culturas.

Gracias al contacto con los niños inmigrantes la escuela francesa ha resuelto por fin revisar sus métodos pedagógicos, lo que beneficiará sin duda alguna a muchos niños franceses hasta ahora marginalizados por su inconformismo con las normas de los sistemas tradicionales de formación.

Cabe señalar asimismo el número creciente de escritores y artistas (músicos, pintores y cineastas) cuyos modos de expresión están dejando su impronta en las corrientes culturales francesas.

Finalmente, uno de los mayores beneficios que Francia obtiene de la presencia de los trabajadores inmigrantes de África del Norte radica indiscutiblemente en que, todavía de manera incipiente, está cobrando conciencia de que su verdadera identidad se encuentra precisamente en su pluralidad, fuente de toda su riqueza y una de cuyas mejores expresiones es quizás la consigna coreada en una reciente manifestación de franceses contra el racismo: "Primera, segunda, tercera, cuarta generación, todos somos hijos de inmigrantes".

ABDALAH BUHAMIDI, marroquí, es psicólogo y consejero de orientación de la Association Jeunesse, Culture, Loisirs et Technique de París y director del Servicio de Orientación Especializada de la misma Asociación.

República Federal de Alemania La integración o el retorno

por Gisela Apitzsch y Norbert Dittmar

EN la República Federal de Alemania y Berlín Occidental viven hoy unos 4.500.000 extranjeros. El grupo principal es el de los turcos, que constituyen el 35% del total.

Como resultado de la situación económica actual se han aplicado medidas legales cada vez más restrictivas que han agravado las condiciones de trabajo y las perspectivas de futuro de los inmigrantes. Sólo una parte de éstos disfrutan de seguridad legal; aunque en la República Federal viven desde hace más de ocho años un número superior a los 2.900.000 extranjeros, los cuales cumplen así con el requisito principal para obtener el derecho de residencia que les protegería contra la expulsión en caso de desempleo continuado o de vivir gracias a los seguros sociales, sólo el 3,2% gozan de ese derecho.

A fin de precisar la situación actual de las comunidades extranjeras provenientes de países que no pertenecen a la Comunidad Económica Europea (CEE) en gene-

ral y de la comunidad turca en particular conviene analizar la política relativa a la inmigración adoptada en los últimos años.

La prohibición de contratar trabajadores extranjeros expedida en 1973 y una disposición del reglamento del Instituto Federal del Trabajo (Bundesanstalt für Arbeit), que entró en vigor al año siguiente, sobre la concesión de permisos de trabajo a los extranjeros, establecieron que la interrupción de su residencia en la República Federal podía traer como consecuencia la pérdida del empleo. Para contrarrestar tal medida la mayoría de los trabajadores inmigrantes trataron de lograr que se reunieran con ellos los miembros de su familia.

La Incertidumbre —más aun, el miedo— se refleja en los rostros de estos extranjeros de un astillero de Hamburgo cuando la empresa que los emplea anuncia una drástica reducción de sus efectivos.

Como resultado de ello la estructura por edades y por empleos de la población extranjera experimentó un cambio fundamental durante los años de la crisis económica. Mientras el número de trabajadores extranjeros en la República Federal era en 1978 prácticamente el mismo que el de 1973, el de extranjeros con empleo había disminuido en un 28%. El número de niños menores de 16 años aumentó en un 25% aproximadamente, superando la cifra del millón en 1976.

En los años siguientes se aplicó una "estrategia dual" con vistas a estimular el retorno al país de origen, por un lado, y a fomentar la integración de los inmigrantes, por otro. En 1978 se estableció que los extranjeros que cumplieran con ciertas condiciones, como tener un alojamiento satisfactorio y poseer un conocimiento básico del idioma alemán, podrían obtener un permiso de residencia ilimitado tras cinco años de estancia ininterrumpida en el país y el derecho de resi-



Foto © Imapress, Paris



Foto J. Mohr, OMS, Ginebra

dencia tras ocho años. En 1979 se suprimió la prohibición general de trabajar para las esposas que se hubieran reunido con sus maridos, sustituyéndose por un periodo de espera de cuatro años. Desde entonces se ha venido concediendo a los adolescentes reunidos con sus padres la plena posibilidad de trabajar tras un máximo de dos años, aunque dándose siempre preferencia a los nacidos en la República Federal y en los demás países de la Comunidad Económica Europea.

Tales medidas que mejoraban la situación de los hijos de inmigrantes se basaban en el criterio de que su situación desventajosa en la escuela y en el trabajo podía amenazar a la estabilidad social y de que los miembros de esta "segunda generación" constituían una fuente potencial de trabajo calificado para hacer frente a la escasez de mano de obra prevista para fines del decenio de 1980.

En 1979, año clave para la estrategia de integración, se emprendieron varios programas de educación escolar y de formación extraescolar. Probablemente el más importante es el de "Medidas para la preparación laboral y la integración social de los jóvenes extranjeros" (MBSE). Se trata de un programa a tiempo completo de diez meses de duración cuya finalidad esencial es ofrecer a los adolescentes un curso integrado en el que se combinan el trabajo práctico, la enseñanza de las lenguas y la enseñanza general. El programa MBSE, el 95% de cuyos beneficiarios son jóvenes turcos, debía aplicarse original-

Mujeres turcas en la oficina de contratación de trabajadores extranjeros para la República Federal de Alemania, que funcionaba en Estambul antes de que en 1973 se prohibiera tal contratación. Las posibilidades de empleo eran entonces mayores para quienes hablaban alemán o tenían un pariente establecido ya en el país de destino o habían trabajado anteriormente en el extranjero.

mente en escala nacional y ampliar su capacidad hasta los 20.000 puestos; pero desde 1980, año en que se emprendió el programa, se ha producido una reducción continua de tal modo que en 1983-1984 sólo pudieron participar en él 6.500 adolescentes.

En los primeros años 80 se agudizó la tendencia a considerar la política de integración como un medio para limitar el número de extranjeros. Se ha reducido drásticamente la posibilidad de que las familias se reúnan en la República Federal. Desde diciembre de 1981 sólo se ha autorizado a reunirse con sus padres a los chicos menores de 16 años (antes el límite era 18). Por otro lado, una interpretación más rigurosa de los reglamentos sobre alojamiento imposibilita a menudo la vida en común de las parejas casadas o de los padres con sus hijos.

Una de las medidas esenciales de la actual política de inmigración adoptada en virtud del "Programa de medidas urgen-

tes" era facilitar la repatriación. Así, los extranjeros de países distintos de los de la Comunidad Económica Europea que abandonaron la República Federal o Berlín Occidental entre octubre de 1983 y septiembre de 1984 podían pedir que se les devolviera el 50 por ciento de sus cuotas para la cesantía sin someterse al habitual periodo de espera de dos años. Según una información de las Oficinas de Seguros Regionales la quinta parte de los turcos residentes en la República Federal hicieron uso de esa posibilidad, aunque para ello debieron perder las cuotas de cesantía pagadas por los empleadores y renunciar a toda indemnización así como a la posibilidad de volver a la República Federal en el futuro.

Aunque el gobierno federal esté interesado en reducir el número de extranjeros que viven en el país, la economía alemana occidental sigue dependiendo hasta cierto punto del empleo de trabajadores inmigrantes. Estos representan el 28% de la mano de obra en las fundiciones, el 25% en la minería, el 20% en la industria textil, el 16% en la automovilística y el 14% en la construcción. En estos sectores, así como en los de fabricación de fibras artificiales, producción de celulosa, trabajo en frigoríficos o cámaras de calefacción y otros, los trabajadores nacionales desocupados no pueden en la práctica sustituir a los extranjeros puesto que carecen de la formación necesaria para ello.

En efecto, cerca de la mitad de esos desocupados se han especializado en sec- ▶

► tores en los que difícilmente puede emplearse a trabajadores extranjeros. Además, por razones de salud o de edad, unos dos tercios de los nacionales desempleados no aceptan trabajos que requieren grandes esfuerzos y una quinta parte buscan sólo empleos a tiempo parcial. De este modo, aunque en la República Federal de Alemania haya muchas personas que piensan que la presencia de trabajadores extranjeros constituye un factor que contribuye al desempleo, expulsarlos del mercado del trabajo no mejoraría en nada la situación.

Más del 95% de los trabajadores extranjeros están empleados en la producción (como promedio, uno de cada cinco obreros que trabajan en la producción es extranjero). En Berlín Occidental, donde la proporción de extranjeros (el 12% de la población) es más alta que en el resto del país, uno de cada cuatro obreros procede de un país de emigración, y la mitad son turcos. Los extranjeros constituyen también un alto porcentaje de la mano de obra en las ciudades de la región industrial del Ruhr, en Frankfort del Mein, Offenbach, Stuttgart, Mannheim y Munich.

El desempleo afecta mucho más duramente a los inmigrantes que a la población nativa. A fines de 1983 el índice de desocupación era del 9,5%, pero el correspondiente a los trabajadores extranjeros se acercaba al 14,9%. El grupo más afectado es el turco, en el que el índice de desempleo es, según las estadísticas oficiales, del 18%.

Lo que preocupa a las familias extranjeras no es sólo la incertidumbre en cuanto a las posibilidades de empleo y, consiguientemente, de residencia sino también

la inseguridad en cuanto al futuro de sus hijos.

Los niños extranjeros constituyen un grupo importante en las escuelas: en total son 845.000, es decir uno de cada doce alumnos. En ciudades con un alto porcentaje de extranjeros representan el 25-30% de la matrícula en las escuelas primarias y secundarias, y también aquí los turcos son el grupo principal (53%). Las posibilidades de progreso social para esos niños son mínimas: el 20-25% de ellos hacen novillos, el 50% de los que terminan la enseñanza no logran obtener un certificado escolar y sólo unos cuantos continúan sus estudios más allá del nivel secundario.

En la República Federal no existe una política homogénea de educación debido a que la responsabilidad de la educación depende de las regiones, y no del gobierno federal; cada autoridad local interpreta a su modo las orientaciones impartidas por la Conferencia de Ministros de Educación. Pero, a pesar de tales diferencias, se observan unos cuantos puntos comunes: la lengua y la cultura vernáculas de los niños extranjeros apenas es tenida en cuenta en las clases ordinarias y raramente se prevé la enseñanza de esa lengua en las clases mixtas; escasean los educadores con formación suficiente para la enseñanza impartida a los niños extranjeros; se agudiza la tendencia a segregar a éstos.

Una clase "mixta" de niños turcos y alemanes en una escuela de Duisburgo, República Federal de Alemania.

Aunque las aspiraciones de los alumnos extranjeros en materia de educación no suelen ser mucho más modestas que las de los nacionales el 75% de aquéllos no reciben educación alguna más allá del nivel secundario ni tampoco formación profesional especializada. Esto se explica en buena parte por su insuficiente conocimiento del alemán.

Sin embargo, si se quiere que al menos la próxima generación logre una situación emancipada en el país receptor y que se mantenga la coexistencia pacífica entre miembros de distintos grupos étnicos y culturales en la República Federal, es preciso hacer algo más que lamentar la renuencia de los inmigrantes a someterse a un proceso de aculturación. Lo que se necesita — también en interés de la mayoría de la población — es renunciar a considerar el empleo de los trabajadores extranjeros únicamente en función de los intereses económicos a corto plazo y revisar la política general en esta materia.

GISELA APITZSCH, de la República Federal de Alemania, es investigadora adjunta de la Universidad Libre de Berlín. Ha trabajado en un proyecto de investigaciones sobre "Estrategias de la comunicación intercultural". Es autora de varios artículos sobre los problemas de la adquisición de la lengua y de la comunicación entre emigrantes.

NORBERT DITTMAR, de la República Federal de Alemania, es profesor de sociolingüística y enseñanza de segundas lenguas de la Universidad Libre de Berlín. Es autor de varias obras, entre ellas de una "Sociolingüística. Estudio de la teoría y de los métodos" (1976). Actualmente trabaja en un proyecto sobre adquisición de una segunda lengua por los emigrantes italianos, turcos y polacos.



Foto © Joachim Schumacher, Essen



Foto C. Steele-Perkins © Magnum, París

Trabajadoras indias de una fábrica de ropa de Wolverhampton, Inglaterra.

Gran Bretaña

De todos los rincones de la Commonwealth

por Robert Miles

La presencia de asiáticos y antillanos en Gran Bretaña desde hace siglos es una consecuencia de la historia colonial de este país. En efecto, tales comunidades se han establecido en muchas de sus aldeas y ciudades, particularmente en los puertos, desde hace tres generaciones o más, en torno a los primeros inmigrantes, generalmente viajantes de comercio provenientes del subcontinente indio o marineros contratados en las colonias. Y esas comunidades constituyeron la base de la inmigración que se desarrolló en el decenio de 1950 en respuesta a la demanda de fuerza de trabajo de ciertos sectores de la economía capitalista británica que, a partir de 1945 y al igual que la de los demás países de Europa occidental, absorbió la mano de obra existente dentro de las fronteras nacionales, viéndose los

empleadores obligados a contratar trabajadores en el extranjero.

La mayoría de éstos provenían de las colonias o excolonias británicas y al llegar al país tenían la nacionalidad de la metrópoli, como sucedió con algunos grupos de inmigrantes que llegaron a Francia y a los Países Bajos en condiciones similares. Mas, aunque desde su entrada en Gran Bretaña estaban autorizados a instalarse y trabajar en el país y gozaban de plenos derechos políticos y civiles, esta situación de igualdad legal no entrañaba para ellos una igualdad económica y social respecto de la población nativa.

La mayor parte de los ciudadanos de la Nueva Commonwealth (es decir todos los países de la Comunidad Británica de Naciones excepto Australia, Canadá y

Nueva Zelanda que constituían la Antigua Commonwealth) que emigraron a Gran Bretaña antes de 1965 aspiraban a ocupar los puestos que habían dejado vacantes los trabajadores locales. Se trataba principalmente de tareas manuales, en particular las que requerían escasa o ninguna formación, mal retribuidas y realizadas en condiciones deficientes —generalmente trabajo por turnos—. La mano de obra extranjera se concentraba en la industria textil, la producción de alimentos, la industria automovilística, la metalurgia, el transporte y los servicios nacionales de salud.

Aunque la mayoría de los inmigrantes de la época eran varones, la emigración proveniente del Caribe incluía una gran proporción de mujeres que iban a Gran Bretaña a trabajar por derecho propio. ▶



► Desde mediados del decenio de 1960 la mayoría de los inmigrantes de la Nueva Commonwealth han sido esposas o hijos de quienes llegaron en el periodo anterior y muchos de ellos han entrado en el mercado del trabajo ejerciendo su propio derecho. Así, en 1981, mientras el 90,6% de los varones y el 63,5% de las mujeres británicas tenían empleo, estaban empleados el 89,9% de los varones antillanos en edad de trabajar y el 69,9% de mujeres del mismo origen. En lo que concierne a los hombres y mujeres de origen asiático tales cifras eran del 85,% y el 41,4%, respectivamente. La baja proporción de asiáticas empleadas se explica en parte por razones de índole cultural.

Sin embargo, su situación en los años 80 no ha cambiado gran cosa en relación con la que existía en los primeros momentos de la inmigración. Una encuesta nacional publicada en 1984 revelaba que el 42% de la población masculina nativa estaba empleada en ocupaciones profesionales y el 58% restante en trabajos manuales. En cuanto a los varones de origen asiático las cifras eran de 26 y 73%, respectivamente, y a los de origen antillano, de 15 y 83%. En cambio, en las ocupaciones manuales que requieren escasa o ninguna formación, los varones asiáticos y antillanos constituían mayoría frente a un 16% de británicos. Respecto de las mujeres del mismo origen, éstas están distribuidas prácticamente en todos esos sectores, en contraste con lo que sucede al tratarse de los hombres. Las asiáticas están preferentemente empleadas en trabajos manuales mientras que las antillanas son los únicos que desemplean.

Tales eran ya las tendencias que podían advertirse en la inmigración de los años 50. Pero es preciso explicar por qué tanto los inmigrantes como sus hijos nacidos en Gran Bretaña siguen en gran parte confinados en los mismos sectores. Es verdad que se planteaban en este punto problemas relativos a la lengua y a la falta de formación profesional de algunos inmigrantes, pero tales factores no bastan para explicar la situación y la experiencia de sus hijos. Dentro del sistema educativo británico el problema concierne particularmente a los muchachos provenientes del Caribe. Pero incluso a los asiáticos y a los antillanos que hablan correctamente el inglés y que tienen calificaciones equivalentes a las de los trabajadores nacionales, se les destina generalmente a empleos inferiores. Varios estudios realizados desde mediados del decenio de 1960 demuestran que la discriminación desempeña un papel decisivo en la posición que tales personas van a ocupar en el mercado del trabajo, pese a que semejante discriminación es ilegal. Los inmigrantes de semejante origen y sus hijos (particularmente los jóvenes del Caribe) son los más vulnerables al desempleo. Entre los recién llegados de la Nueva Commonwealth éste era a comienzos de los años 60 mayor que el de la población nativa, pero fue disminuyendo gradualmente, con excepción del periodo de recesión de 1967-1968, y hacia fines del decenio en ambas comunidades era aproximadamente igual.

Clase de inglés a domicilio a una inmigrante de Bangladesh residente en Londres.



Foto Martine Franck © Magnum, París

Una escuela de Bradford, en el norte de Inglaterra, en la que se utilizan aparatos audiovisuales para facilitar a sus alumnos paquistaníes el aprendizaje del inglés.

Sin embargo, en los 15 años últimos el desempleo tanto de los trabajadores inmigrantes como de sus hijos se ha incrementado más rápidamente en las comunidades asiáticas y antillanas que entre los trabajadores británicos, afectando en particular a los varones del Caribe y a las mujeres de Paquistán y Bangladesh. La ya citada encuesta de 1984 revela que en tal año carecían de empleo 25% de los hombres y 16% de las mujeres provenientes de las Antillas y 20% de los hombres y mujeres procedentes de Asia, mientras que tales cifras eran de 13% para los varones y 10% para las mujeres de Gran Bretaña. En el grupo de edad de 16 a 24 años, el desempleo afectaba a 44% de los hombres y 38% de las mujeres de origen antillano y a 30,5% de los varones y 38,5% de las mujeres de origen asiático, en comparación con 26 y 20%, respectivamente, de los británicos.

Tales disparidades se deben en gran parte a que los trabajadores de origen asiático y antillano son mayoría en las ocupaciones manuales que no requieren formación y cuya remuneración es particularmente baja y al hecho de que tales empleos tienden precisamente a desaparecer debido a la mecanización. Pero tales factores están lejos de ser los únicos. Cualquiera que sea su nivel de trabajo, los inmigrantes de Asia y el Caribe están más expuestos al desempleo por despido, lo que autoriza a considerar la discriminación como factor importante en la explicación de este fenómeno.

La discriminación confina a los inmigrantes en determinadas posiciones de la escala del trabajo asalariado pero de modo tal que no siempre es evidente para ellos; en efecto, numerosos estudios demuestran que las personas de origen asiático y antillano subestiman la amplitud de la discriminación de que se son víctimas. Más aun, los inmigrantes están expuestos también esporádicamente a ciertos actos de

violencia y un informe del Ministerio del Interior publicado en 1981 concluía diciendo que había por lo menos 7.000 agresiones por año y que las personas de origen asiático estaban 50 veces más expuestas a ser víctimas de actos de violencia que las de origen europeo, proporción que en el caso de los originarios del Caribe era de 36 veces más. El informe concluye diciendo que "es claro para nosotros que la comunidad asiática cree por lo general que es objeto de una incesante campaña de hostilidad racial que puede ser peor aun en el futuro." Ese tipo de ataques se producen en algunas zonas urbanas, especialmente en las grandes ciudades.

La inmensa mayoría de los inmigrantes de las colonias instalados en Gran Bretaña y de sus hijos allí nacidos pertenecen a la clase obrera. En muchos aspectos comparten todas las desventajas y problemas de ésta y participan en sus formas tradicionales de organización y de actividad. Y es incluso más frecuente que esos trabajadores pertenezcan a un sindicato y voten por el Partido Laborista que los propios trabajadores británicos. También han participado decididamente en las luchas sindicales, pese a que los propios sindicatos emplean frecuentemente prácticas discriminatorias contra los inmigrantes. La conciencia política de los trabajadores extranjeros es considerablemente mayor que la del resto de la clase obrera británica.

Las actividades de los grupos de ayuda mutua, de las escuelas de la comunidad, de los grupos de padres de familia preocupados por la situación de sus hijos dentro del sistema educativo, de los grupos de autodefensa y de muchos otros forman parte de la compleja reacción política de los inmigrantes de las colonias y de sus hijos a los problemas específicos con que se enfrentan en el país huésped y son, a no dudarlo, un elemento importante de la lucha continua por la igualdad racial en Gran Bretaña.

ROBERT MILES, británico, es profesor de sociología de la Universidad de Glasgow desde 1978. Es autor o coautor de varias obras como *Labour and Racism (Trabajo y racismo)* y *Racism and Migrant Labour (El racismo y los trabajadores inmigrantes)*.

América del Norte

Dos casos de emigración agraria del Caribe

por Anthony P. Maingot

LA historia de la explotación de los trabajadores inmigrantes en general y en América del Norte en particular es demasiado conocida para que la repitamos aquí. En ella se ha inspirado más de una novela importante, y más de un filme ha descrito en todo su patetismo el drama de los emigrantes. Ese drama suele ser el resultado de una combinación de bajos salarios y deficientes condiciones de vida con un alto grado de inseguridad en cuanto al empleo. En general esas condiciones se han dado sobre todo en el sector agrícola y dentro de éste en las industrias agropecuarias, que emplean mucha mano de obra.

Como esas deficientes condiciones continúan existiendo, puede ser útil estudiar algunos casos en que el empleo de emigrantes en labores agrícolas ha sido pro-

vechoso para éstos, sus familias y la comunidad, además de para los patronos. De ese estudio quizá puedan extraerse algunas lecciones. Es pues una suerte que podamos disponer hoy de datos suficientes sobre dos programas agrícolas que utilizan mano de obra inmigrada: uno en el estado de Florida, Estados Unidos, y el otro en Canadá.

Los 8.000 obreros inmigrantes que trabajan en la industria azucarera de Florida son en cierto modo los restos del programa "bracero" que se inició en 1942 y que en su punto álgido supuso la contratación de más de 420.000 braceros o peones, en gran parte mexicanos, para trabajar en la agricultura de Estados Unidos. Sólo una parte de ese amplio programa de inmigración de trabajadores de los años 40 se mantuvo intacto: la correspondiente a los obreros de las Antillas británicas que iban a tra-

bajar en la industria azucarera de Florida. Este programa, iniciado en 1943, sigue funcionando aun hoy. La historia de su éxito es la historia de una afortunada coincidencia entre la naturaleza y la situación económica de Florida y las orientaciones culturales de los antillanos.

En Florida la caña de azúcar se cultiva en unas condiciones que no permiten la plena mecanización. El terreno no se presta a la utilización de máquinas para cortar caña; se necesita pues una mano de obra experta y responsable, el machetero típico de las Antillas. Pero cortar la caña con machete es una tarea penosa y agotadora que nadie está dispuesto a realizar salvo que la recompensa sea sustanciosa, como efectivamente ocurre. Naturalmente, esa recompensa es esencialmente

Los antillanos en el Canadá

LA actual emigración antillana al Canadá es generalmente de un nivel de educación más elevado que las precedentes y se acostumbra más fácilmente a las grandes ciudades. Sin embargo, pese a que la mayoría de estos inmigrantes no han tenido la oportunidad de vivir en centros urbanos de importancia sino que provienen de zonas rurales y de aldeas o pequeñas ciudades de su país, una vez llegados al Canadá no van a las regiones rurales sino que se sienten atraídos más bien por las grandes zonas urbanas: Toronto, Montreal y Vancouver.

Habiendo abandonado su país de origen por razones económicas y con la esperanza de alcanzar una mejor situación en el país huésped, no están preparados para hacer frente a las actitudes de los canadienses hacia los inmigrantes. Pero los antillanos, a más de soportar las mismas condiciones de vida que los inmigrantes de cualquier otra raza u origen, son víctimas de una hostilidad mayor de la población nativa a causa de su color, discriminación que es patente cuando tratan de obtener vivienda o empleo. Así, tras haber llevado en las Antillas una vida marginal y considerando que sus valores culturales y humanos no son reconocidos en el país adoptivo, el inmigrante del Caribe en el Canadá enfrenta a menudo graves problemas de identidad.

Las tentativas de los antillanos para ser aceptados por la sociedad gracias a su adap-

tación a la cultura dominante no han tenido éxito, salvo contadas excepciones. Muchos de ellos participan activamente en movimientos que se orientan a cambiar la situación actual caracterizada por diversos tipos de prejuicios y de discriminación. Individualmente o en grupo se han unido a los negros canadienses, a los inmigrantes de Asia meridional y oriental y otros grupos desfavorecidos en un esfuerzo por eliminar las prácticas discriminatorias que impiden su plena participación en la sociedad canadiense.

El caso de la comunidad haitiana en Quebec es diferente. Ante todo, ésta debe encarar el problema de los inmigrantes ilegales o clandestinos que están dispuestos a abandonar Haití a cualquier precio y que, por ese mismo hecho, no pueden recibir la ayuda de los servicios gubernamentales una vez llegados al Canadá.

A comienzos de los años 60 la diáspora haitiana abarcaba a personas muy instruidas, profesionales en su mayoría, hasta que la situación política de su país dio origen a un tipo de éxodo enteramente distinto, proveniente en particular de las regiones rurales de la isla. Además, por sus rasgos físicos y por las sonoridades africanas de su lengua materna, los haitianos forman rápidamente un grupo al que los funcionarios de inmigración califican de "visible". Pese a ello no tienden todavía a encerrarse en un gueto

ni a agruparse en torno a las asociaciones de inmigrantes.

Comoquiera que sea, todo lleva a pensar que en el camino hacia una mejor adaptación a la sociedad y la cultura de Quebec los haitianos no han encontrado obstáculos mayores creados por las dos grandes mayorías nacionales del Canadá ni por los otros grupos nacionales, pese a la opinión unánime de que los "creoles" atraviesan actualmente en Quebec un periodo difícil. En efecto, en la comunidad haitiana comienza a aparecer una *tercera cultura* aun en vías de formación: una suerte de mestizaje surgido de las diferencias sociales que existen entre jóvenes de Haití y de Quebec de la misma edad. Esta tercera cultura está formada principalmente por elementos anárquicos y dispersos, tomados en préstamo y casi al azar a la "negritud" americana y antillana de lengua inglesa. Cabe imaginar fácilmente que tales influencias, unidas a la marcada oralidad de la cultura haitiana, pueden alejar a la nueva generación de las tendencias y corrientes dominantes de la vida en el Quebec y crear una impresión de desinterés y de marginalización. □

Fuentes: "The West Indian Family in Canada: Problems of Adaptation in a Multiracial, Multicultural Society" por Wilson A. Head, en *Multiculturalism*, vol. III, nº12, Faculty of Social Work, Universidad de York, 1979. *Questions de culture (2) Migrations et communautés culturelles*, Instituto de Investigaciones sobre la Cultura, Quebec, Canadá.



Foto Maud © Afrique Photo, Paris

de carácter pecuniario y consiste en la diferencia entre lo que el obrero gana en el extranjero y lo que habría ganado si se hubiera quedado en su país.

Pero hay otro incentivo que explica la popularidad del programa azucarero de Florida, y es que el trabajador no vive confinado en la "cultura de la caña", ese complejo y degradante estilo de vida que va unido a la plantación azucarera y que afectaba no sólo al obrero sino a toda su familia. Evidentemente, la actitud de las empresas para con la mano de obra es reflejo de su propio interés y no del altruismo o de un afecto particular por los antillanos. Una vez más, la respuesta la dan las circunstancias económicas, desde el momento en que ya no existe la situación tradicional de trabajo abundante y barato. De ahí que no haya sido difícil obtener del Ministerio de Trabajo norteamericano la autorización para el programa de Florida: los intentos de contratar mano de obra local para el corte de caña han fracasado hasta ahora. En este punto confluyen la economía y la cultura ya que la mano de obra necesaria existe en las Antillas donde desde hace tiempo la emigración y el trabajo en el extranjero son rasgos característicos de la orientación cultural de sus habitantes.

Un aspecto cultural interesante de esta emigración ha sido que, aun antes de que naciera el movimiento sindicalista, los antillanos tendían a organizarse para mejorar su situación. Hoy los trabajadores que lle-

gan a Florida para sus cinco meses de trabajo están representados por su sindicato, la British West Indian Central Labour Organization. Por otra parte, siendo como son ciudadanos de países pequeños pero orgullosos de su democracia como Jamaica, Barbados y San Vicente, tienen la ventaja de disfrutar del apoyo y de los desvelos de sus respectivos gobiernos, los cuales son manifiestamente conscientes de la contribución que las ganancias de esos trabajadores suponen para la balanza de pagos y el mercado de divisas fuertes del país.

Los esfuerzos aunados en favor de los derechos de los trabajadores han dado sus frutos. Aparte de los subsidios para alojamiento y pensión, reciben una subvención de viaje para trasladarse al lugar de trabajo y, terminado el contrato, para volver a la patria. Antes de emprender el viaje los trabajadores pasan un examen médico y tienen seguros de enfermedad y contra los accidentes de trabajo. En lo esencial, la contratación de estos obreros antillanos en Florida contribuye a reforzar su situación en su país de origen, en vez de ser un caso más de ese derroche de vidas humanas que ha sido típico de la historia de la plantación azucarera.

Es interesante comparar la situación de los trabajadores de la caña en Florida con la de otros obreros inmigrados en Canadá. En este país el plan se estableció mucho después que en Estados Unidos. Primero vinieron los jamaicanos en 1966 y diez años

después les tocó el turno a los antillanos orientales y a los mexicanos. En 1982 había unos 6.000 obreros trabajando en explotaciones de árboles frutales, de hortalizas y de tabaco. Más de la mitad eran jamaicanos. Lo mismo en Canadá que en Estados Unidos la razón de esta inmigración es la misma: la imposibilidad de encontrar un número suficiente de trabajadores nativos.

Al contrario que en Florida, en Canadá los obreros antillanos trabajan en pequeñas explotaciones (782 en 1982). El salario horario oscilaba en 1983 entre 3,50 y 4,80 dólares. Como era de esperar, los trabajadores inmigrantes declaran que han ido al Canadá porque el salario es mayor, pero el 22% afirman que les movió el deseo de conocer la vida en el extranjero.

Aunque evidentemente sólo representan una parte muy pequeña de la emigración general de trabajadores agrícolas, especialmente a los Estados Unidos, los casos que acabamos de exponer demuestran que, para que beneficie al empleador, no es necesario que este tipo de trabajo sea objeto de una explotación degradante.

Dicho de otra manera, el trabajo agrícola no tiene por qué ir asociado al destructivo "sistema de plantación".

ANTHONY P. MAINGOT, de Trinidad y Tobago, es actualmente profesor de sociología y director del programa de estudios para graduados en estudios internacionales de la Universidad de Florida, en Miami, Estados Unidos.



ENTRE DOS CULTURAS

Países del Golfo **Los extranjeros, la mitad de la población**

por *Elisabeth Longuenesse*

LA situación demográfica de los países del Golfo (el Golfo Árabe o Persa)* es excepcional y seguramente sin parangón en la historia y en cualquier otra región del mundo: en efecto,

se ha podido calcular que en 1980 la población de origen extranjero era superior a los cuatro millones, para una población total de 13 millones, y que el número de los trabajadores inmigrantes era de dos millones y medio, para una población activa de unos 4.300.000 personas. Si dejamos de lado Arabia Saudita, que representa dos terceras partes de la población total de la región y donde el número de trabajadores no sauditas dentro de la

población activa no ha superado la barrera del 50%, se observa que en los pequeños emiratos del Golfo la proporción de extranjeros alcanza niveles tales que resulta imposible dominar el desequilibrio así creado: 85% de trabajadores extranjeros en Qatar y casi 90% en los Emiratos Arabes Unidos y una población en sus tres cuartas partes extranjera; en Kuwait más del 78% de trabajadores y casi el 60% de residentes no kuwaitianos. La situación en

* Se incluyen aquí los seis países miembros del Consejo de Cooperación del Golfo, a saber: Arabia Saudita, Kuwait, Qatar, Bahrein, Emiratos Arabes Unidos y Omán (NDLR).



Obreros filipinos de la industria de la construcción en Riad, capital de Arabia Saudita.

Omán y Bahrein parece más equilibrada, pero ello se debe a que el primero tiene aun una importante población rural, mientras que en el segundo, que experimentó una disminución relativa de la inmigración, se está produciendo una inversión de la tendencia.

Ahora bien, debido a lo reciente de su importación de fuerza de trabajo y a la política seguida en materia de inmigración, la mayor parte de los trabajadores extranjeros son hombres solos, lo que inevitablemente engendra un desequilibrio demográfico. Sólo Kuwait y Bahrein, donde la inmigración es más antigua, han logrado reequilibrar hasta cierto punto su situación demográfica gracias a la llegada progresiva y luego al establecimiento en el país mismo de familias de inmigrantes.

La inmigración en los países del Golfo puede distribuirse en tres grandes grupos culturales: los europeos, que representan

una minoría privilegiada de la que no vamos a ocuparnos aquí; los árabes, que son con mucho los más numerosos; y los asiáticos, cuya proporción ha venido aumentando desde mediados de los años 70.

A diferencia de la mano de obra extranjera en Europa occidental, la de los países del Golfo está presente en todos los sectores de actividad y en todos los niveles de capacitación. Tal ocurre con todas las nacionalidades, aunque la capacitación varíe de una a otra. En cambio, la mano de obra nacional ocupa un lugar marginal en todos los sectores, salvo en la administración.

Las circunstancias de la inmigración son sobremanera variadas. En principio hay que obtener un permiso de trabajo, necesario para la expedición del visado, para poder entrar en el país, a menos que se aproveche la visita a unos parientes para conseguir un contrato de trabajo. Pero la inmigración clandestina sigue siendo importante. Esos inmigrantes ilegales, en situación sumamente precaria — están a merced de las medidas de expulsión que periódicamente toman los gobiernos — confieren un margen de flexibilidad al mercado del trabajo, lo que explica que de hecho se los tolere. En efecto, la falta de mano de obra local, por un lado, y, por el otro, la obligación de obtener un contrato de trabajo previo para que el trabajador extranjero pueda entrar en el país, la imposibilidad de cambiar libremente de empleador y, por último, la prohibición de permanecer en el territorio nacional si no se encuentra trabajo, hacen que el mercado laboral sea sobremanera rígido.

Aparte de la inmigración clandestina, hay otro sistema que proporciona una fuerza de trabajo marginal disponible de un día para otro: es la importación de mano de obra, en la forma más legal, por un pequeño traficante, que a menudo dirige él mismo una o varias empresas menores. Tras obtener de la administración permisos de importación por encima de sus propias necesidades, lanza después a esos trabajadores suplementarios al mercado del trabajo para que se las arreglen ellos solos o los subarrienda por días a otros empresarios, quedándose naturalmente con una parte del salario.

Los trabajadores extranjeros no tienen posibilidad alguna de defender sus derechos. Están prohibidos los sindicatos en todas partes, salvo en Kuwait y Bahrein; en estos dos últimos países pueden afiliarse a ellos tras haber desempeñado durante cinco años por lo menos el mismo empleo, pero ello no les autoriza a participar en ninguna elección. Así pues, el trabajador no tiene recurso alguno contra tan dura explotación, más aun si se piensa que a menudo se ha entrampado hasta el cuello para poder hacer el viaje y que suele necesitar varios meses, aun cuando tenga un empleo regular, para comenzar a ganar algo de dinero y enviarlo a su familia.

En su inmensa mayoría los extranjeros viven al margen de la sociedad, teniendo que habitar a veces en campamentos de tiendas, fuera de la ciudad, y en el mejor de los casos en pisos colectivos o amontonados en las casas medio ruinosas de los barrios viejos abandonados por los ciudadanos del país.



Foto © P. Maréchaux, París

Cuatro profesores —un egipcio, un jordano, un palestino y un sirio— en el patio de una escuela de Arabia Saudita.

Sólo Kuwait y Bahrein poseen comunidades de inmigrantes más antiguas, ya arraigadas en el país. Casi la tercera parte de los residentes extranjeros han nacido en Kuwait mismo, pero sólo el 16% han vivido allí más de diez años, o sea que la segunda generación está formada mayoritariamente por niños menores de diez años. Ya en 1975 126.500 de los 234.000 niños escolarizados en el país eran extranjeros. Mas la existencia de un núcleo, aunque aun débil, de inmigrantes antiguos y con raíces facilita la integración de los nuevos.

Pero, si por un lado la vida es más fácil para el trabajador que tiene a su familia consigo, por otro las discriminaciones de que es objeto se manifiestan quizá aun más duramente. Es verdad que puede disfrutar de algunas de las ventajas sociales que permiten los ingresos del petróleo: escuela gratuita para sus hijos (siempre que, en el caso de Kuwait, hayan nacido allí, que los padres residan en el país por lo menos desde 1970, y sobre todo que no sufran fracasos escolares) o asistencia médica gratuita. Mas, a causa de la insuficiencia de los servicios, los inmigrantes se ven obligados a menudo a recurrir al sector privado, tras soportar sus ingresos el pago de alquileres exorbitantes. Las viviendas de renta limitada y la acesión a la propiedad en condiciones ventajosas están reservadas a los ciudadanos, que además disfrutan de ayudas sociales, subsidios y subvenciones de todo tipo, por no hablar de los salarios mucho más altos a trabajo igual. Tal situación contribuye a crear un ambiente de tensión que puede transformarse en franca hostilidad entre unos y otros.

Pero es la inmigración asiática la que suscita las reacciones más negativas en los países del Golfo, al menos en la prensa: o bien se le atribuye el aumento de la delincuencia (lo que no parece que los hechos confirmen), o bien se expresa inquietud por la amenaza que para la identidad cultural podría entrañar su dominación numérica. Y, en efecto, si esta inmigración continuara, su integración plantearía el problema del reconocimiento de ciertas "minorías" nacionales convertidas en mayoritarias...

ELISABETH LONGUENESSE, socióloga francesa, es miembro del CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas de París). Ha trabajado durante varios años en el Centro de Estudios e Investigaciones sobre el Oriente Medio Contemporáneo de Beirut, Líbano.

Escandinavia

La adaptación imposible

por Carolyn Swetland

PARA comprender los problemas de adaptación con que se enfrentan los inmigrantes en los países escandinavos quizá fuera mejor plantear la cuestión al revés: ¿cómo se adaptan los escandinavos a la presencia de los inmigrantes en sus respectivos países?

En Escandinavia al trabajador inmigrante se le considera como alguien que viene del Tercer Mundo, aunque en realidad mucho más numerosos son los nativos de otros países escandinavos, los europeos y los norteamericanos.

Los trabajadores inmigrantes que se establecieron en los países escandinavos procedentes del Tercer Mundo durante el auge económico de los años 60 venían atraídos por la política oficial de puertas abiertas, unida a la activa política de contratación de los empleadores privados. Muchos de esos trabajadores provenían de la India, Paquistán y Bangladesh y actualmente los paquistaníes forman el grupo más numeroso (unos 7.500 aproximadamente).

Como la mano de obra era contratada cuando se la necesitaba, se interrumpió su entrada en el país cuando ya no fue necesaria. Noruega fue el último país escandinavo que decretó la interrupción de la inmigración (en 1975) pero lo hizo con una serie de dispensas que permitían la libre circulación de la mano de obra entre los países escandinavos, previendo además disposiciones especiales para los norteamericanos sobre una base preferencial.

Así, hasta hace unos cinco años el inmigrante del Tercer Mundo era un "objeto" económico. Hoy es un "objeto" étnico. Viniendo como viene del Tercer Mundo y aun ligado a él, a los ojos tanto de las autoridades como de la gente, constituye un "problema tercermundista" y, en cierto sentido, se espera que siga siendo eso. A un inmigrante indio que hoy es psicólogo escolar le pidieron en cierta ocasión que diera el nombre de algunos inmigrantes para un programa de radio (la emisora en cuestión es estatal); al proponer el suyo propio, recibió la siguiente respuesta: "¡No, usted no! Usted es un inmigrante con éxito."

La prohibición de la inmigración procedente del Tercer Mundo y la llegada de las esposas e hijos hicieron que la situación cambiara: el hombre solo, al que se suponía deseoso de volver con el tiempo a su patria cuando como trabajador dejara de ser necesario, pasó a ser el hombre con toda su familia aparentemente dispuesto a quedarse en el país. Ello afectó no sólo a la situación estructural de los inmigrantes en los países escandinavos sino también a las actitudes de la gente frente a ellos. Estructuralmente, los estados escandinavos definen a la comunidad inmigrante como una minoría étnica, su cultura como una cultura minoritaria y su lengua como una lengua también minoritaria. Partiendo de esas premisas se han creado diversas instituciones relacionadas exclusivamente con los inmigrantes: centros de aloja-

Portada de Immigranten - The Immigrant (nº 2, 1983), revista trimestral bilingüe en noruego y en inglés que publica el "Immigranten Collective" en Oslo. El cartel que sostiene la niña de la foto reza: "Noruega no es sólo para los noruegos".



Foto © Immigranten, Oslo, Noruega

miento, oficinas de empleo independientes, clubes de jóvenes también independientes, subvenciones a las organizaciones de inmigrantes, clases de lengua materna y de ambas culturas en las escuelas, etc. Esta política, llamada de "pluralismo cultural", no sólo aceptaba sino que estimulaba la diferenciación étnica. ¿Cuál ha sido el resultado? Las viviendas familiares para inmigrantes, cuando éstos adquieren el derecho a tener una, suelen encontrarse o en viejos barrios del centro de las ciudades escandinavas o, más recientemente, en las nuevas zonas de viviendas de la periferia. Estas últimas no están exclusivamente reservadas a los inmigrantes. Sin embargo, en la práctica es allí donde viven un alto porcentaje de las familias inmigradas porque es hacia allí a donde las dirigen los organismos especializados a los que acuden a pedir instrucciones. No es infrecuente que los moradores de esas zonas sean en un 85% inmigrantes y en un 15% escandinavos, en parte muchachas escandinavas que se han casado con inmigrantes.

La frase "cuando éstos adquieren el derecho a tener una" merece reflexión ya que en Noruega, por ejemplo, obedece a la curiosa regla de que un inmigrante no puede traer consigo a su esposa hasta que tenga una vivienda familiar y no tiene derecho a tener ésta... ¡a menos que su esposa esté con él!

La creación de oficinas de empleo exclusivas para inmigrantes permitió seleccionar y controlar las oportunidades de colocación y establecer preferencias en cuanto al trabajo y a los programas de formación. Un caso especial es el de los inmigrantes que trabajan en las instalaciones de sondeo petrolífero en el Mar del Norte. Dado que las "plataformas" son consideradas como "buques" no están sujetas a la legislación laboral que rige en tierra. Los españoles que trabajan en ellas son contratados a menudo en Rotterdam y transportados directamente por mar, sin que lleguen a pisar jamás tierra noruega, razón por la cual no figuran en las estadísticas de este país.

Subvencionar las propias organizaciones de los inmigrantes condujo a la destrucción



Foto © Immigrantén, Oslo, Noruega

del primitivo sistema de una sola organización que durante algún tiempo consiguió defender los intereses de los inmigrantes en un frente unido. La pluralidad de las subvenciones ha hecho que, por ejemplo, en Noruega existan 26 organizaciones indias independientes que reciben fondos del estado, para una población total de ese origen de menos de 2.000 personas. También reciben subvenciones los clubes juveniles correspondientes a las diversas etnias. La política del pluralismo cultural puede dar la impresión de que en los países escandinavos florecen libremente todas las culturas en pie de igualdad, pero ¿es verdad esto en la esfera de la educación? El debate sobre los pros y los contras de la enseñanza en la lengua materna está aun lejos de resolverse. Todas las organizaciones de los inmigrantes sin excepción piden ese tipo de enseñanza. En cambio, los padres inmigrantes están por que sus hijos obtengan el máximo nivel en el dominio de la lengua del país huésped.

Las autoridades estatales y municipales suelen hacer proposiciones que varían de un año a otro. Así, se creó un sistema de clases con dos maestros, de dos culturas y en dos lenguas que alcanzaba desde el grado 1 hasta el 9. Dos años después el sistema se reducía al periodo de grado 1 al 3. Una serie de proposiciones de cambios, que luego se rechazaron, hicieron que un padre inmigrante, él mismo profesor de una clase de ambas culturas, se convirtiera en el portavoz de todos los que

Niñas inmigrantes en Noruega. ¿Primer signo de adaptación a una cultura que pronto se enfrentará a la suya?

pensaban como él al exclamar: “¡Basta a la experimentación de la enseñanza con los hijos de inmigrantes!”.

Lo que con todo esto parece que se pretende es conseguir que los hijos de los inmigrantes se eduquen de tal modo que, al terminar sus estudios, gocen de las mismas posibilidades competitivas que los niños escandinavos. Ahora bien, para alcanzar un nivel competitivo con los escandinavos un niño inmigrante debe conocer tres lenguas. Incluso un sueco, un noruego o un danés tiene que aprender el inglés además de su propia lengua materna si quiere ser algo más que un simple barrendero. Aprender el idioma del país en que vive y trabaja, cuando ese idioma es en si mismo una lengua minoritaria, no le sirve de gran cosa al niño inmigrante y hasta podría afirmarse que, aparte de un mínimo de frases necesarias, saldría más beneficiado aprendiendo bien el inglés.

Cualesquiera que sean las buenas intenciones que lo han inspirado, el pluralismo cultural establece desde el comienzo una diferenciación y considera al inmigrante a partir de una base étnica. Y es el país huésped el que define qué es una cultura minoritaria.

El hombre actual es un emigrante. Si se le trata como miembro de una minoría cuando llega a un país industrial del mundo blanco es porque se le ha puesto una etiqueta étnica. Una cosa es que constituya una minoría en este o el otro país receptor y otra muy distinta que se le trate como miembro de una minoría.

El inmigrante del Tercer Mundo, este antiguo súbdito de las colonias, ya no se ve a si mismo como le enseñaron a verse, es decir en relación con el mundo industrial blanco, con el modelo blanco. Sus modelos están cambiando. Lo malo es que al parecer el viejo modelo no se ha dado aun cuenta de que ya no lo es.

A diferencia de alguien que jamás se ha movido de su patria, un inmigrante es forzosamente una persona con gran capacidad de adaptación. En efecto, para sobrevivir tiene que aprender lo bueno y lo malo de otras naciones, otras culturas y otras lenguas, sistemas de impuesto a la renta y de seguridad social. Dicho de otro modo, el problema de la adaptación no depende ni ha dependido jamás del inmigrante.

CAROLYN SWETLAND, antropóloga noruega, es especialista y profesora en cuestiones de emigración. Ha escrito numerosos artículos y entre sus obras hay dos publicadas por la Unesco: *The Ghetto of the Soul (El gueto del alma)* y *Migrant Workers, Language and Culture: Ethnolinguistic Models (Trabajadores emigrantes, lenguaje y cultura: Modelos etnolingüísticos)*.

Retrato del inmigrante

por Ana Vásquez

Aunque estas dos esculturas del artista francés Arman, que se encuentran a la entrada de la estación Saint-Lazare de París, puedan constituir un monumento al transporte ferroviario, nada impide interpretarlas como una alusión a la vida urbana rigurosamente regida por la dictadura de los horarios (a la izquierda, L'heure de tous, La hora de todos) y a la improbabilidad de la evasión o del regreso (a la derecha, Consigne à vie, Consigna para toda la vida), ambas de 1985.

● QUE tienen en común João, que en el año 1978 debió dejar mujer e hijos en Portugal, y Mohamed, el pastor magrebino que llegara a Europa hace un año? ¿Sentirá Mirjana a sus 25 años lo mismo que María que pronto cumplirá 40? ¿Se parecen los proyectos que ambas hacen? Las estadísticas muestran las grandes tendencias y la magnitud del problema de la emigración pero cabe interrogarse sobre cómo, tras esas cifras, viven los seres humanos el transplante y las rupturas que éste entraña.

Hay que señalar en primer lugar que las opiniones, las experiencias y los proyectos de un emigrante no son los mismos al abandonar su país que luego de cinco o diez años de residencia en calidad de "extranjero". Desde el punto de vista psicológico podemos distinguir pues varias etapas en la experiencia de la emigración.

El presente análisis atañe solamente a

los hombres y mujeres que emigran a Europa. Numerosos estudios señalan, en efecto, que las personas que cruzan el océano con destino a las Américas abandonan definitivamente su país natal mientras que, en general, aquellos que llegan a trabajar a los países más industrializados de Europa consideran que su residencia en ellos será transitoria.

O sea que la situación psicológica del inmigrante es muy distinta según el caso. Abandonar el país natal constituye un esfuerzo particularmente difícil después de haber sufrido experiencias capaces de debilitar la confianza en uno mismo. El emigrante parte porque no gana lo suficiente o porque está desempleado. Este solo hecho lo sitúa en el campo de los dominados con todo lo que esto implica en términos de desvalorización. Partir entraña pues un doble esfuerzo: en primer lugar,





Foto © Der Spiegel, N° 30, 1985

un esfuerzo psicológico para superar la falta de confianza en sí mismo y concebir un proyecto de formación profesional y de trabajo en el extranjero y, en segundo lugar, un esfuerzo material para hacer el viaje.

Impregnado como está de las imágenes proyectadas por los medios de comunicación y las conversaciones con aquellos que una vez de regreso tienden a exagerar las "maravillas" del extranjero, el emigrante concibe el país de destino de manera idealizada. La diferencia entre el país soñado y la situación real que va conocer constituye para el emigrado una primera experiencia traumatizante. No se trata sólo de las condiciones de vida y de trabajo sino también del conocimiento precario que posee de la lengua y de los códigos de comportamiento vigentes en las grandes ciudades industrializadas, de los trámites administrativos cuya lógica no logra aprehender, de los aparatos mecánicos que le parecen trampas y, más particularmente, de los comportamientos discriminatorios cuando no francamente racistas con los que tiene que enfrentarse. Al sentirse torpe y anónimo en ese nuevo contexto que no domina, la percepción que el emigrado tiene de sí mismo resulta completamente perturbada.

Reconocer la decepción y la desorientación equivale a confesar un fracaso que el emigrado no puede permitirse puesto

Miembros de una familia de inmigrantes turcos en una tienda de aparatos de televisión de la República Federal de Alemania.

que su única fuerza es el deseo de llevar su proyecto a buen término. Es frecuente que en tal contexto los individuos creen *mecanismos de defensa* que les permitan resistir mejor las dificultades con que deben enfrentarse.

- Se puede constatar así un retraimiento en sí mismo o en la comunidad de modo que cada individuo sólo se siente a gusto rodeado de los suyos. La consecuencia inmediata es una idealización del país de origen que se traduce ya sea por la revalorización de ciertos aspectos aparentemente ajenos al logro o al fracaso del proyecto de emigración, tales como la fidelidad a los suyos o la sobreestimación de la cocina familiar, o por el olvido del desempleo o de la pobreza que sufría en su país. Puede también observarse una mayor fragilidad y unos procesos de "somatización", es decir que el individuo se pone enfermo y experimenta una serie de síntomas difíciles de interpretar que pueden provocar ciertas formas de patología mental.

Luego de un tiempo más o menos largo, los emigrados logran salvar los obstáculos de la primera etapa para iniciar un proceso de transculturación. Desde el punto de

vista psicológico, los conflictos que sufre el individuo cada vez que debe confrontar sus propios comportamientos, normas y valores (es decir su cultura de origen) con los del país huésped son característicos de esta nueva etapa.

En el país de origen la familia, entendida en términos amplios, y la comunidad se encargan de numerosos aspectos de la vida cotidiana que en los países industrializados son administrados por las instituciones. Los seguros sociales, los subsidios familiares y las guarderías infantiles, por ejemplo, exigen unas informaciones que hay que dar de una manera específica (formularios, certificados médicos en hojas especiales, etc.) y en plazos sobremodera precisos, que un extranjero comprende difícilmente.

Por otra parte, el tiempo y el espacio urbanos también están reglamentados de tal manera que el inmigrante se encuentra súbitamente, incluso en el interior de su propio departamento, con limitaciones que considera atentatorias a su libertad personal: no puede celebrar ciertas ceremonias religiosas o familiares (por ejemplo, "la ofrenda del cordero") ni hacer ruido a partir de ciertas horas; los olores y ruidos molestan a los vecinos.

La organización del tiempo en las ciudades industrializadas es particularmente restrictiva, compartimenta la vida privada, ▶



Foto © Edimedia, París

► fija las horas de comida y las de esparcimiento e impone un ritmo de desplazamientos apremiante. Los comentarios de los inmigrantes dan testimonio de las dificultades que encuentran para adaptarse a ese nuevo ritmo: “Aquí la gente está siempre corriendo, es agotador”, “En la fábrica controlan cada desplazamiento, estamos cronometrados incluso cuando vamos a los aseos”, “Estoy siempre bajo presión, en todas partes hay que apresurarse... por la noche estoy tan agotado que me siento como vacío”.

Las relaciones sociales, especialmente entre hombres y mujeres, son desconcertantes y constituyen fuentes de tensión: una manifestación de cortesía se recibe como una insolencia y los gestos de simpatía pueden ser mal interpretados. Luego del desconcierto inicial que resulta en una mayor prudencia y retraimiento, cada uno trata de imitar tales comportamientos y a compararlos con los propios. Es así como poco a poco cada inmigrante inicia un proceso de cambio que termina por afectar a importantes aspectos de su personalidad y de su identidad cultural.

Tras de algún tiempo, cuando encuentra conterráneos suyos que acaban de llegar, nota que ha cambiado y se siente incómodo al comprobar, por ejemplo, “lo ruidosos que son en la calle” o la manera que tienen “de mirar a las mujeres”. No obstante,

Impresionante ceremonia celebrada en el Hollywood Bowl, Los Angeles, California, en 1954, durante la cual 7.600 personas provenientes de 68 países se naturalizaron en los Estados Unidos.

aunque el inmigrante adopte como propias algunas reglas del país huésped, sigue en una situación ambigua, desgarrado entre una adhesión profunda e inconsciente a su cultura de origen, que no quiere perder ni traicionar, y los conocimientos que acaba de adquirir, que él estima más convenientes para llevar su proyecto a buen término.

“Yo quería instalar una abacería en mi pueblo, pero todavía no logro reunir suficiente dinero. Hace 15 años que llegué a París... y lo que más me preocupa es que ahora mi hijo quiere quedarse aquí, mi hija quisiera seguir estudiando y hasta mi mujer tiene pocos deseos de volver”. Estas declaraciones de un trabajador inmigrante reflejan una situación bastante corriente cuando los miembros de la familia comienzan tras algún tiempo a poner en tela de juicio el sueño del regreso. En efecto, los adolescentes hablan y escriben mal la lengua de origen, tienen pocos lazos reales con ese “allá” mítico, ante todo porque sus amigos se encuentran “aquí”. Por su parte, y a veces sin siquiera darse cuenta, las mujeres experimentan una mayor auto-

nomía social y suelen temer un regreso que las sometería nuevamente al control familiar.

Tales incertidumbres son dolorosas por cuanto el inmigrante considera que si ha soportado tantas dificultades y sacrificios era porque iba a alcanzar éxito y regresar a su país. Renunciar al retorno equivale entonces a un cuestionamiento demasiado profundo que afecta al sentido mismo de la vida.

¿Permanecer e integrarse? En ciertos países de Europa tal opción equivale a una apuesta difícil de ganar cuando se piensa en las reacciones discriminatorias, incluso agresivas, que sufren los trabajadores inmigrantes y sus familias.

¿Qué hacer entonces? Tales aspiraciones e incertidumbres constituyen la tela de fondo de una nueva etapa en la que los inmigrados y sus hijos se encuentran en una situación ambigua que suele impedir todo proyecto a largo plazo y toda inversión personal.

ANA VASQUEZ, francesa de origen chileno, es investigadora del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de París (CNRS). Ha sido profesora de psicología de la educación de la Universidad de Chile y es autora de unos treinta estudios y artículos sobre los problemas psicológicos de las personas desplazadas y de los procesos de transculturación.

El anhelado regreso

La reincorporación al país de origen

por Eric-Jean Thomas y Catherine Wihtol de Wenden

LAS corrientes emigratorias de la segunda posguerra, y en particular las que se desarrollaron a partir de los años 60, se diferencian esencialmente de los precedentes movimientos de emigración a los países occidentales por su carácter temporal. A diferencia del emigrante que abandonaba su país natal acompañado de su familia para conquistar un mundo nuevo, el de los años 60 no pretende instalarse definitivamente en el país de su elección. Sólo quiere encontrar un empleo mejor remunerado, acumular un pequeño capital y luego retornar a su patria e invertir allí sus ahorros.

Las restricciones a la inmigración impuestas por los países industrializados a raíz de la crisis petrolera de 1973 iban a dar como resultado inesperado el aumento de las poblaciones extranjeras residentes en ellos y la prolongación de su estadía. Al mismo tiempo disminuyó sobremanera el número de los trabajadores estacionales cuyo regreso coincidía con la temporada de vacaciones.

Tan paradójica situación se originó en el hecho de que el control de la inmigración no concernía al comienzo sino a los propios trabajadores, los cuales, previendo una reglamentación más severa, se esforzaron por hacer que sus familias fueran a reunirseles. Y, en consecuencia, el retorno de la mayor parte de los trabajadores extranjeros a su patria quedó postergado *sine die*. Además, temiendo no poder volver a entrar en el país receptor, numerosos inmigrantes renunciaron a regresar, aun temporalmente, a su país de origen.

Por ejemplo, se calcula que entre 1974 y 1982 unos 100.000 portugueses volvieron a su país mientras que otros 200.000 emigraban de él. Igual fenómeno se advierte en otros estados de estructura económica diferente, como Finlandia, donde el regreso de emigrantes disminuyó en un 7% en 1982. Hubo asimismo una reducción extraordinaria en el caso de Turquía, según un estudio de 1980. De ahí que ciertos países con alto índice de inmigración, particularmente Francia y la República Federal de Alemania, hayan tratado de aplicar desde hace unos diez años una política de incitación y apoyo al retorno.

Esta, sin embargo, viene planteando algunos problemas de principio que no existían en la concepción liberal de las emi-

graciones internacionales que prevaleció hasta comienzos del siglo XX. Pero en el período comprendido entre las dos guerras se fue considerando progresivamente que el estado podía legítimamente propugnar el retorno de los trabajadores extranjeros basándose en una situación de "sobreeempleo". Hoy día ningún país europeo recurriría a la medida brutal de expulsar colectivamente a los inmigrantes. Y dado que se admite el principio de que la pérdida del derecho a la residencia entraña la pérdida de las ventajas sociales adquiridas, se ha ido reconociendo poco a poco que el retorno debe ir acompañado de una compensación. Ni los inmigrantes ni los sindicatos rechazan hoy tal principio; lo único que hacen es discutir el alcance de la compensación. En periodos de crisis algunos trabajadores nacionales protestan a veces contra el carácter discriminatorio de un derecho de cuyo disfrute están excluidos y que crea en ellos la impresión de que los inmigrantes resultan favorecidos en cuanto a las modalidades de salida de la empresa que los emplea.

Ésa concepción del regreso se ha ido imponiendo en los países que reciben la inmigración a partir del momento en que cerraron sus fronteras a los trabajadores extranjeros. Puede decirse en cierto modo que puesto que los inmigrantes no se van tales países han concebido la idea de darles dinero para que regresen a su patria. Esta política plantea un problema de legiti-

midad a los estados que la aplican y, en medida cada vez mayor, a los países de origen. Aunque los primeros la utilizan teóricamente para tranquilizar a una opinión pública a la que la cuestión de los inmigrantes inquieta, en la práctica resulta costosa, poco eficaz e incluso perjudicial. Cabe pues interrogarse sobre su alcance y su utilización como objetivo de regateo entre los estados.

En cuanto a los países de origen de los emigrados se trata de saber en qué medida se benefician con el regreso de éstos. En efecto, si, *a priori*, la vuelta de los emigrantes puede parecer ventajosa para su país, algunos estudios recientes demuestran que está muy lejos de ser siempre así.

En términos de formación profesional, la marginalización de los trabajadores extranjeros en los países que los acogen no favorece al mejoramiento de sus calificaciones profesionales. Los gobiernos de tales países se han dado buena cuenta de ello, como lo indica el que quienes tratan de fomentar el regreso de los inmigrantes hayan previsto diversas medidas destinadas a elevar su calificación profesional, teniendo en cuenta las necesidades de los países de origen.

De todos modos, hay mucho trecho entre las intenciones y su realización, debido en particular a la renuencia del trabajador extranjero a sacrificar a la formación una parte de sus horas de trabajo ▶



Trabajadores egipcios que regresan a su país tras una permanencia de dos años en Iraq.



No sería desacertado interpretar esta pintura del artista belga René Magritte (*La casa de cristal*, 1939) como la representación del hombre constantemente vuelto hacia su pasado o que sueña permanentemente con regresar a su país natal.

ción alguna con la modificación de las actitudes sociopolíticas. En efecto, si la emigración induce a comportamientos sociales específicos —políticos o familiares— diferentes de los del país de origen, conviene actuar con suma prudencia antes de extraer conclusiones apresuradas sobre la continuidad de éstos tras el regreso.

En conclusión, cabría destacar ante todo que el retorno concierne sólo a una porción mínima de trabajadores en relación con la totalidad de las poblaciones de inmigrantes y hasta una época muy reciente los países de origen no se preocupaban por tal problema. Luego, las consecuencias estructurales del regreso, mal evaluadas todavía, son también limitadas y casi siempre perturban la economía del país. Y es evidente que una política de incitación al retorno no puede llevarse a cabo en los países receptores sino en el marco de una concertación a fondo con los países de origen.

Así, el regreso sólo podrá ser una realidad y beneficiar al país del emigrante en la medida en que ciertas negociaciones, que deberán ser bilaterales por lo menos al comienzo, permitan llevar a cabo a largo plazo acciones concertadas entre los países que reciben la inmigración y aquellos de donde proviene.

► y en detrimento de una satisfacción financiera inmediata. Agrava el problema el hecho de que la mayoría de los candidatos al regreso son obreros sin calificación profesional.

Finalmente, conviene hacer hincapié en que la formación profesional adquirida en la fábrica o en el puesto de trabajo corresponde ante todo a las necesidades de la sociedad industrial del país receptor y apenas podrá utilizarse en el país natal. En cuanto al aporte financiero que hace a éste, es evidente que el emigrante que vuelve, "triunfante" o "fracasado", va a tratar de elevarse social y económicamente con respecto a la situación que ocupaba antes de partir. La mayoría de los que regresan aspiran a ser sus propios patronos y van a invertir sus ahorros en aquellos sectores que les garanticen mejor el mantenimiento de tal situación.

En la agricultura, a falta de un proyecto estructurado, los ahorros se invierten generalmente en la compra de tierras más o menos improductivas y de equipos difíciles de mantener.

En la esfera de los bienes inmuebles, la compra o la construcción de una casa es el destino privilegiado que se da a las economías, pero esta inversión, muy poco productiva, puede resultar de un costo social elevado en los centros urbanos.

Sin embargo, el sector terciario, y más particularmente el de los pequeños oficios independientes, sigue siendo sin duda alguna aquel al cual se orientan de preferencia los ahorros. Pero tales oficios, el más característico de los cuales es la explotación del taxi individual, son de una productividad irrisoria y tienen consecuencias más bien parasitarias para la economía del país.

Finalmente, el dinero ahorrado se destina a menudo a la adquisición de bienes de consumo, tendencia de efectos nocivos para la economía del país en la medida en que contribuye a fomentar la demanda interna de artículos importados.

En el plano social, los estudios realizados hasta la fecha no permiten concluir que el proceso de emigración tenga rela-

ERIC-JEAN THOMAS, francés, es abogado y profesor de la Universidad de París. Ha escrito numerosos estudios sobre los aspectos jurídicos del fenómeno de la emigración. En particular, ha dirigido la publicación de un estudio comparado sobre *Les travailleurs immigrés en Europe: quel statut (Los trabajadores inmigrantes en Europa: qué estatuto)*, publicado por la Unesco en 1981.

CATHERINE WIHTOL DE WENDEN, francesa, es miembro del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de París (CNRS). Es consultora de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE). Ha publicado numerosos artículos sobre los aspectos políticos del fenómeno migratorio, además de una obra titulada *Les immigrés dans la cité* (1978).

Tarifas de suscripción :

1 año : 68 francos (España : 1.650 pesetas), 2 años (únicamente en Francia) : 120 francos. Tapas para 12 números (1 año) : 52 francos. Reproducción en microfilm (1 año) : 150 francos.

Redacción y distribución :

Unesco, place de Fontenoy, 75700 París. Los artículos y fotografías que no llevan el signo © (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar "De EL CORREO DE LA UNESCO", el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a EL CORREO tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de las Naciones Unidas ni de la Unesco.

Subjefe de redacción :

Olga Rödel

Secretaría de redacción :

Gillian Whitcomb

Redactores :

Español : Francisco Fernández-Santos (París)

Jorge Enrique Adoum

Francés : Alain Lévêque (París)

Neda el Khazen

Inglés : Howard Brabyn (París)

Roy Malkin

Ruso : Nikolai Kuznetsov (París)

Arabe : Sayed Osman (París)

Alemán : Werner Merkl (Berna)

Japonés : Seiichiro Kojima (Tokio)

Italiano : Mario Guidotti (Roma)

Hindi : Rajmani Tiwari (Delhi)

Tamul : M. Mohammed Mustafa (Madrás)

Hebreo : Alexander Broïdo (Tel-Aviv)

Persia : Hossein Razmdy (Teherán)

Portugués : Benedicto Silva (Rio de Janeiro)

Neerlandés : Paul Morren (Amberes)

Turco : Mefra Ilgazer (Estambul)

Urdu : Hakim Mohammed Said (Karachi)

Catalán : Joan Carreras i Martí (Barcelona)

Malayo : Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)

Coreano : Paik Syeung-Gil (Seúl)

Swahili : Domino Rutayebesibwa (Dar es-Salam)

Croata-Servio, esloveno, macedonio

y servo-croata : Vitimir Sudarski (Belgrado)

Chino : Shen Guofen (Pekín)

Búlgaro : Goran Gotev (Sofía)

Griego : Nicolas Papageorgiou (Atenas)

Cingalés : S.J. Sumanasckara Banda (Colombo)

Finés : Marjatta Oksanen (Helsinki)

Sueco : Inger Raaby (Estocolmo)

Vascuense : Gurutz Larrañaga (San Sebastián)

Tai : Savitri Suwansathit (Bangkok)

Braille : Frederick H. Potter (París)

Documentación : Christiane Boucher

Ilustración : Ariane Bailey

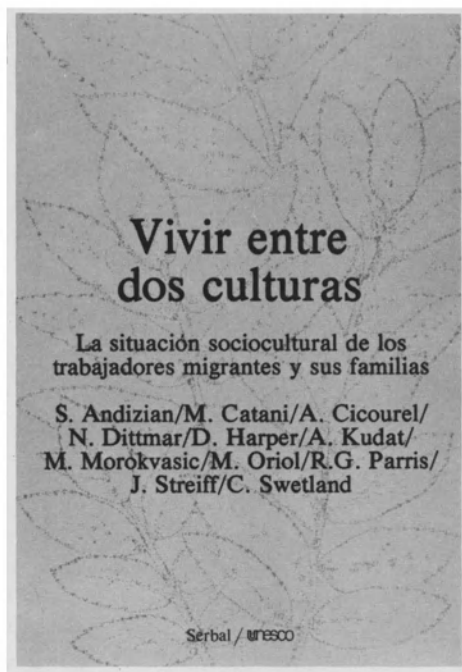
Composición gráfica : Georges Servat

Promoción y difusión : Fernando Ainsa

Proyectos especiales : Peggy Julien

La correspondencia debe dirigirse al director de la revista.

Una obra reciente de la Unesco sobre los emigrantes



El tema general de esta obra son los dilemas con que se enfrentan los trabajadores emigrantes al tener que vivir insertos en dos culturas que sólo marginalmente coinciden. La primera parte del volumen trata de las condiciones, la naturaleza y los efectos de los programas oficiales de aprendizaje de la lengua para los trabajadores emigrantes y sus familias en Europa y los Estados Unidos. La segunda parte aborda las dificultades que encuentran las mujeres emigrantes. Las cuestiones fundamentales estudiadas en ambas partes son las mismas : cómo organizan los trabajadores emigrantes su vida cotidiana en los países

receptores y cuáles son los problemas de adaptación resultantes de la vida entre dos culturas ; cuáles son las prácticas diarias de estratificación y los controles sociales con que tropiezan en el trabajo, la educación y los ocios...

Publicación conjunta de Ediciones del Serbal (Witardo, 45 - Barcelona-14, España) y de la Unesco. Exclusiva de venta en España : Ediciones del Serbal. En Francia : la Unesco. Resto del mundo : ambos coeditores o sus agentes.

384 p. 70 francos franceses

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en las librerías o directamente al agente general de la Organización. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

ANGOLA. (República Popular de) Casa Progresso/Secção Angola Media, Calçada de Gregorio Ferreira 30, c.p. 10510, Luanda BG, Luanda.

ARGENTINA. Librería El Correo de la Unesco, EDILYR S.R.L., Tucumán 1685 (P.B. "A") 1050 Buenos Aires.

Correo Argentino	CENTRAL (B)	TARIFA REDUCIDA CONCESION No. 274
		FRANQUEO PAGADO CONCESION N° 4074

BOLIVIA. Los Amigos del Libro, casilla postal 4415, La Paz ; Avenida de las Heroínas 3712, casilla postal 450, Cochabamba.

BRASIL. Fundação Getúlio Vargas, Editora-Divisão de Vendas, caixa postal 9.052-ZC-02, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, R.J. (CEP. 20000). Livros e Revistas Técnicos Ltda., Av. Brigadeiro Faria Lima, 1709 - 6° andar, Sao Paulo, y sucursales : Rio de Janeiro, Porto Alegre, Curitiba, Belo Horizonte, Recife.

COLOMBIA. Instituto Colombiano de Cultura, carrera 3°, n° 18/24, Bogotá.

COSTA RICA. Librería Cooperativa Universitaria, Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio", San José; Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Edificio Metropolitano 7° piso, apartado 10227, San José.

CUBA. Ediciones Cubanas, O'Reilly n° 407, La Habana. Para *El Correo de la Unesco* solamente: Empresa CO-PREFIL, Dragones n° 456, e/Lealtad y Campanario, Habana 2.

CHILE. Editorial Universitaria S.A., Departamento de Importaciones, casilla 10220, Santiago. Librería La Biblioteca, Alejandro I, 867, casilla 5602, Santiago 2; Editorial "Andrés Bello", Av. R. Lyon 946, casilla 4256, Santiago.

REPUBLICA DOMINICANA. Librería Blasco, Avenida Bolívar, no. 402, esq. Hermanos Deligne, Santo Domingo.

ECUADOR. Revistas solamente : DINACOUR Cia. Ltda., Santa Prisca n° 296 y Pasaje San Luis, Oficina 101-102, Casilla 112b, Quito; libros solamente: Librería Pomaire, Amazonas 863, Quito; todas las publicaciones : Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correos 3542, Guayaquil.

ESPAÑA. MUNDI-PRENSA LIBROS S.A., Castelló 37, Madrid 1 ; Ediciones LIBER, Apartado 17, Magdalena 8, Ondárroa (Vizcaya) ; DONAIRE, Ronda de Outeiro 20, apartado de correos 341, La Coruña ; Librería AL-ANDALUS, Roldana 1 y 3, Sevilla 4 ; Librería CASTELLS, Ronda Universidad 13, Barcelona 7.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA. Unipub, 205, East 42nd Street New York, N. Y. 10017. Para *El Correo de la Unesco* : Santillana Publishing Company Inc., 575 Lexington Avenue, Nueva York, N.Y. 10022. Para libros y periódicos : Box 433, Murray Hill Station New York, N. Y. 10157.

FILIPINAS. The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila, D-404.

FRANCIA. Librairie de l'Unesco, 7, place de Fontenoy, 75700 Paris (C.C.P. Paris 12.598-48).

GUATEMALA. Comisión Guatemalteca de Cooperación con la Unesco, 3° Avenida 13-30, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala.

HONDURAS. Librería Navarro, 2° Avenida n° 201, Comayagua, Tegucigalpa.

MARRUECOS. Librairie "Aux Belles Images", 281, avenue Mohammed V, Rabat ; *El Correo de la Unesco* para el personal docente : Comisión Marroquí para la Unesco, 19, rue Oqba, B.P. 420, Rabat (C.C.P. 324-45).

MEXICO. Librería El Correo de la Unesco, Actipán 66, Colonia del Valle, México 12, D.F.

MOZAMBIQUE. Instituto Nacional do Livro e do Disco (INLD), Avenida 24 de Julho, 1921, r/c e 1° andar, Maputo.

NICARAGUA. Librería Cultural Nicaraguense, calle 15 de septiembre y avenida Bolívar, Apartado 807, Managua; Librería de la Universidad Centroamericana, apartado 69, Managua.

PANAMA. Distribuidora Cultura Internacional, apartado 7571, Zona 5, Panamá.

PARAGUAY. Agencia de Diarios y Revistas, Sra. Nelly de García Astillero, Pte. Franco 580, Asunción.

PERU. Librería Studium, Plaza Francia 1164, apartado 2139, Lima; Librería La Familia, Pasaje Peñalzo 112, apartado 4199, Lima.

PORTUGAL. Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70-74, Lisboa 1117 Codex.

PUERTO RICO. Librería Alma Mater, Cabrera 867, Río Piedras, Puerto Rico 00925.

URUGUAY. EDILYR Uruguay, S.A., Maldonado 1092, Montevideo.

VENEZUELA. Librería del Este, Av. Francisco de Miranda 52, Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas 1060-A ; La Muralla Distribuciones, S.A., 4a. Avenida entre 3a. y 4a. transversal, "Quinta Irenalis" Los Palos Grandes, Caracas 106.



Veinte millones de trabajadores emigrantes

Las estimaciones del número de emigrantes en el mundo entero varían considerablemente debido, por un lado, a la dificultad de obtener en ciertas regiones estadísticas dignas de crédito y, por otro, a la diversidad de criterios con que se los define. Si se excluye a los refugiados, turistas, peregrinos y nómadas, su principal rasgo característico es que parten a un país extranjero

en busca de empleo. Basándose en la definición de que son emigrantes las « personas que no tienen la nacionalidad del país donde trabajan », la Oficina Internacional del Trabajo estima que la población activa migrante en todo el mundo oscila actualmente entre 19,7 y 21,7 millones de personas. En la foto, una escena del policromo carnaval de Notting Hill, Londres.